

# FÚTBOL EN LAS NUBES



JORGE HOLGUIN

**ROCIO VELEZ DE PIEDRAHITA**  
dice en el periódico **EL MUNDO**  
de Medellín del 14 de marzo de  
1987:

..... En comparación con los cuentos de concursos anteriores de Enka, este año hubo mejor calidad en los cuentos de mensaje espiritual, de tipo o tema religioso, que a las dificultades literarias añade la muy grave de ser imprescindible en el autor una profunda espiritualidad. En este espinoso terreno debe mencionarse **FÚTBOL EN LAS NUBES**, donde un gamín sobrevive en Bogotá gracias a la ayuda de un pintor loco de nombre Miguel Ángel que resulta ser su ángel de la guarda. Tiene buen humor en juegos de palabras y situaciones; el estilo es escueto y sin adornos innecesarios, es fresco y ágil.



# FÚTBOL EN LAS NUBES

Fútbol en las Nubes

©Jorge Holguín 1988

Coordinación General: Artes y Artesanías de Colombia Ltda.

Carrera 11 No. 94-02 Local 124 - Teléfono.: 2182417

Télex 41280 Descó-Co., Bogotá, Colombia.

Diseño: Jorge Cerón

Ilustraciones: Jorge Cerón, Carlota Bentham

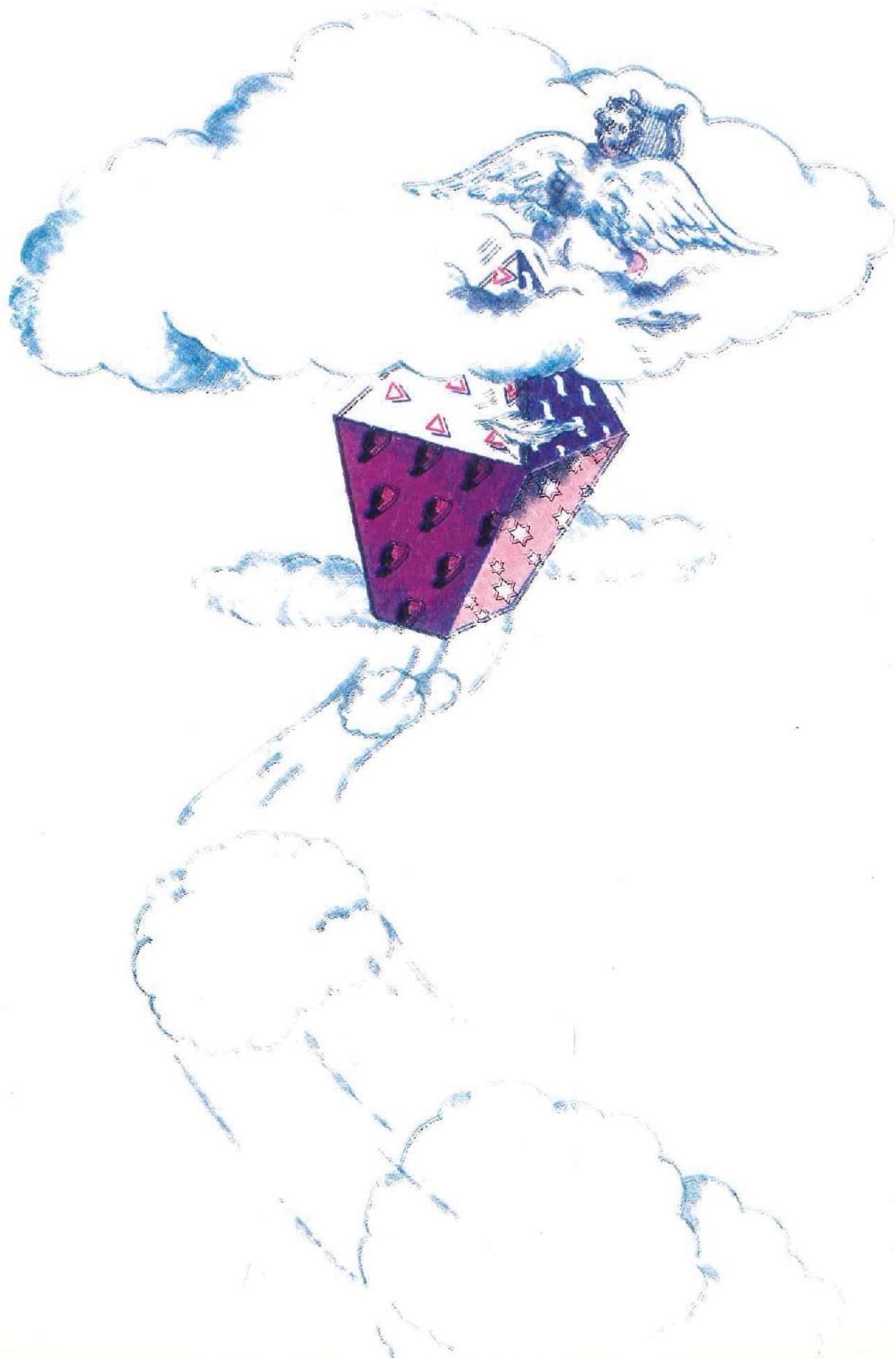
Producción: Estudio Tres



# FUTBOL EN LAS NUBES

Cuento de Navidad

JORGE HOLGUIN





Son las seis de la mañana. Un camión pintado de azul pasa frente a una finquita en una carretera que conduce a Bogotá. Una niña campesina se asoma a la puerta de la casa a mirar el camión. Le parece muy chistoso que en vez del ruido del motor se oigan pollos cacarear y que por entre los huecos de la lona que cubre la parte de atrás, salgan plumas volando. A la niña se le ocurre que de pronto el camión lleva un cargamento de ángeles para la ciudad y entra riendo a la cocina a contarle a la mamá.

El sol de la mañana hace brillar los adornos de metal sobre el motor del camión. Un rayo de luz se mete por entre la lona y despierta a Jaime, éste bosteza y se pone a mirar la carretera, luego busca en su mochila y encuentra medio bocadillo que se come velozmente. Pero sigue con hambre. Una de las gallinas ha puesto un huevo en una jaula, Jaime lo piensa un rato, pero finalmente mete los dedos entre la reja y saca el huevo con mucho cuidado. Los pollos hacen una gran alharaca como si gritaran "ladrón, ladrón". Jaime rompe el huevo y se lo suerbe haciendo muecas. Se acuerda de un cuento que le contó su mamá en el que una bruja se sorbía tres huevos para poder volar en la escoba. Podría él salir volando?

Saca la cabeza a través de la lona y se pone a mirar el cielo. Se entristece al recordar a sus papás, pero piensa que ya se metió en esta aventura y que tiene que seguir adelante. Además ya no sabría cómo devolverse.

El camión entra a Bogotá. Es tal el ruido del tráfico en la ciudad que los pollos se callan del asombro. Es época de Navidad, estrellas de Belén y ángeles, cuelgan de los postes de la luz.

Jaime mira para lado y lado, nunca se había imaginado que pudiera haber tanta gente y pasar tanto carro en calles tan pequeñas y llenas de huecos. Las gallinas se agarran fuertemente de las jaulas para no caerse. Al pasar frente a una venta de pollo frito, Jaime cierra la lona rápidamente para que sus emplumadas amigas no se preocupen.

El camión disminuye la velocidad al entrar al garaje de un gran mercado cubierto. Jaime se despide de los plumíferos, especialmente de la gallina que tan amablemente le ofreció el desayuno.

Brinca al pavimento tan pronto se detiene el camión y corre a esconderse en una tiendita donde venden café. Se sienta en una silla y con disimulo mira al chofer bajarse y revisar la parte trasera del camión.

—“A la orden”.

Jaime pega un brinco y se voltea. Una gorda tendera lo mira sonriente desde el mostrador.

—“Una naranjada, por favor”, responde él.

La vendedora le destapa una gaseosa a Jaime.

—“Y tú de dónde vienes?”

Jaime titubea un poquito pero contesta que acaba de llegar del Cauca.

—“Ah sí? Y a qué vienes a Bogotá?”

Jaime se queda mudo.

—“Tienes familia aquí?”

Jaime se pone muy serio para que la mentira le salga bien.

—“Pues claro que tengo familia aquí”.

La vendedora lo mira con cara de “usted cree que yo soy boba?” Pero Jaime ya no le está poniendo atención, el chofer acaba de entrar en la tienda.

—“A ver vecina, un tinto y uno de esos chorizos con arepa”.

—“Como no patrón, y cómo le fué en el viaje?”

—“Pues bien, sólo que la lona llegó suelta, como si alguien se hubiera metido con la carga”.

—“No me diga, y eso quién sería?” dice ella mirando al culpable. Jaime trata de esconder la cara detrás de la botella de gaseosa, pero acaba haciendo unos bizcos rarísimos.

—“Quién sabe, vecina”, el chofer mira distraídamente alrededor y se encuentra con los torcidos ojos de Jaime.

—“Y a usted qué le pasa chino, está enfermo?”

—“Yo? no! Es que me tengo que ir. Cuánto es la gaseosa?”

—“Cinco pesitos. No quieres nada más?”

Jaime mira el chorizo que con rapidez desaparece en la boca del chofer, cuenta la plata que le queda en la mano, se relame y contesta que no, que está llenísimo.

—“Ah bueno, entonces adiós”, dice la mujer.

Caminando por la Carrera Séptima, Jaime mira la gente presurosa y observa las vitrinas con arreglos de Navidad. Se acuerda de las celebraciones de su pueblo. Los globos de papel de colores con candela por dentro que echaban en la placita frente a la iglesia. Subían tan alto que tal vez chamuscaban las plumas de algún ángel sentado en una nube. Algunas veces el párroco colgaba un pequeño paracaídas de papel azul amarrado al alambre del globo. Las cuatro cuerditas del paracaídas terminaban en una argolla que sostenía un talego de dulces, gomas y chocolates de esponja. Luego hacía un nudo en la pitica y engarzaba un cigarrillo prendido. Dejaba ir el globo y todos los niños salían por las calles a perseguirlo. El cigarrillo al acabarse quemaba la pita, haciendo que el paracaídas se desprendiera del globo y bajara suavemente. Aterrizaba, con su cargamento dulce en las manos del que más corriera.

A Jaime le parece que Bogotá es una ciudad tan grande y donde la gente se ve tan ocupada que no le debe quedar tiempo para cosas como ésa. Además los globos se estrellarían contra los edificios.

En una disquería suena un villancico a todo volumen: "PASTORES VENID, PASTORES LLEGAD, A ADORAR AL NIÑO, A ADORAR AL NIÑO, QUE HA NACIDO YA". En el almacén de al lado venden artículos de dibujo. Jaime se queda mirando una gran caja de colores que exhiben en la vitrina; trae cinco clases de azules distintos (azul-mar, azul-cielo, azul-real, azul-lavanda, azul-tormenta); como ocho verdes (verde-pasto, verde-selva, verde-colina, verde-mar, verde-esperanza, verde-oliva, verde-loro, verde-verde), varios rojos (rojo-atardecer, rojo-sangre, rojo-payaso, rojo-vino, rojo-accidente) y muchos otros colores muy lindos.

En el vidrio del almacén se refleja un rascacielos enorme. Jaime se voltea y comienza a cruzar la calle para verlo mejor, los últimos pisos parecen perderse allá arriba en las nubes. "De pronto la azotea, a falta de globos, está llena de ángeles estrellados", piensa. Un auto da un frenazo repentino. "Quítese chino!" le grita el chofer de un taxi que casi lo atropella. Jaime pega un brinco y muerto del susto comienza a correr. No para hasta caer rendido en una banca del Parque Santander. Siente que el corazón le toca como un tambor. Está tan cansado y hambriento que cierra los ojos. Duermes un ratico y sueña:

Se ve a sí mismo jugando con su amigo Carlitos. Ambos están muy

contentos pateando un balón de fútbol en la calle. Cada vez que Jaime le mete un gol a Carlitos, Lucía su hermanita menor, lo aplaude desde la ventana, que para ella es la mejor gradería de un gran estadio de fútbol. Con una barra tan buena no es raro que Jaime vaya ganándole a Carlitos. De pronto se oye la voz de la mamá.

—“Jaime éntrese ya, hoy está castigado por haberse rajado en el examen de Historia Patria. Váyase a estudiar a ver si por fin aprende quien fué Santander, pues no es un santo del cielo como usted dice si no un General !”

Y como si la voz de la mamá lo hubiera despertado, Jaime termina de soñar, abre los ojos y se encuentra nuevamente en el parque. Con mucho hambre, frío y sin plata.

Jaime no se ha dado cuenta, pero desde hace rato hay un vendedor de cuadros mirándolo. El vendedor, con un maletín entreabierto lleno de pinturas de ángeles sigue de cerca al niño cuando éste se levanta de la banca. En la esquina de la plaza hay una venta de mazorcas. Sin pensarlo dos veces, Jaime se pone a correr y al pasar por el frente se roba una.

—“Agárren al gamín, persíganlo!” grita la vendedora. Pero nadie hace nada, Jaime sigue corriendo y comienza a llorar del susto, se estrella con un señor gordo y se le cae la mazorca. No se detiene a recogerla sino que sigue corriendo hasta estar bien lejos del parque. Cae rendido en las escaleras de una construcción y comienza a llorar.

—“Después de toda esa carrera te quedaste sin la mazorca, no?” Jaime levanta los ojos asustado, un señor de unos veinte y pico de años, con una maleta entreabierta y llena de figuritas enmarcadas lo mira sonriente. Jaime no sabe qué decir. El señor se sienta en uno de los escalones.

—“Tú no eres de aquí, de dónde vienes?”

Jaime decide arriesgarse. —“Usted no es de la policía, no?”

—“Qué crees tú?” le contesta el vendedor sin dejar de sonreír. “Más bien te invito a almorzar, porque debes estar pasado de hambre”.

Jaime pone cara de bobo. —“Ah, pues yo no sé...”

El de los cuadrillos también pone cara de bobo. —“No sabes si soy de la policía, o si estás con hambre?”

Jaime ríe un poquito y empiezan a andar.

En el camino hacia el restaurante le cuenta al vendedor, que resulta

llamarse Miguel Angel, todo lo que le ha pasado desde que se escapó de la casa.

Jaime pide arroz con pollo, una hamburguesa, un helado de fresa y una leche, pero no sabe si pedir papas fritas o pastel de guayaba. Miguel Angel parece mareado con solamente oír mencionar tanta comida, pide una taza de café y se pone a ordenar los cuadros en el maletín.

—“Y esos cuadros los pinta usted señor?”

—“Más o menos”.

—“Yo soy muy bueno para pintar...”

—“En serio?”

—“Si señor”.

—“Me estás hablando a mí?”

—“Si señor”.

—“Yo no me llamo Señor sino Miguel Angel”.

—“Si señor. Y por qué tiene un nombre tan raro?”

—“Miguel Angel un nombre raro?”

—“Pues sí, nunca lo había oído”.

—“Es un nombre muy conocido. Miguel Angel era un artista italiano muy famoso”.

—“De televisión?”

—“No. Vivió hace como quinientos años y en ese tiempo no había televisión”.

—“Entonces qué hacía la gente?” pregunta Jaime preocupado.

—“Pues por ejemplo muchos iban a mirar los maravillosos cuadros y esculturas que hacía Miguel Angel...”

—“Esculturas? Eso qué es?”

—“Son estatuas”, dice el vendedor sonriendo. “Como quien dice él tallaba retratos de personas en mármol. Le quedaban tan bien que cada vez que terminaba uno de sus trabajos todos los vecinos venían a mirarlo”.

—“Y qué más hacían?”

—“Se iban a conversar sobre las cosas que habían visto, sentados en la calle o en la puerta de la iglesia”.

La mesera llega con el almuerzo. Sin darle tiempo a poner todos los platos, Jaime agarra el tenedor y comienza a comer. Al vendedor parece que le hubiera dado una indigestión de ver tanta comida junta. Se pone

unas gafas negras...

—“Si quieres puedes quedarte donde yo vivo”, le dice al muchacho.

—“En serio, señor?”

—“Sí; no hay problema”.

La mesera se acerca y entrega las vueltas a Miguel Angel, que las guarda sin mirarlas.

—“No las va a contar señor?” pregunta Jaime.

—“No, están completas”.

—“Ah sí? Un día le roban hasta las medias, señor”.

Los dos llegan a la pensión donde vive Miguel Angel. Entran por un corredor muy largo con puertas a los lados.

—“Por qué está tan oscuro aquí?” pregunta Jaime.

—“Se fundió el bombillo, pero piensa que es la entrada al cielo y que cada una de estas puertas lleva a un jardín en las nubes”.

Una señora grita desde una de las habitaciones.

—“Don Miguel Angel, lo llamaron del taller, que ya está lista la madera”.

—“Gracias Doña Rosa”.

—“Y Doña Rosa es una jardinera, o qué?” dice Jaime.

—“Pues acertaste”, contesta Miguel Angel. “Por las tardes trabaja en una floristería”.

Miguel Angel abre la puerta de su habitación, es la número trece. Hay un desorden terrible, con pinturas regadas en la mesa, papeles por todo el suelo y la cama cubierta con ropa sucia. Sin dejar entrar a Jaime hace un gesto mágico con la mano. No pasa nada. Hace otro gesto y otro y otro. Finalmente, el cuarto se arregla solo en dos segundos.

—“Qué le pasa en la mano, señor?”

—“Nada, ya puedes entrar”.

—“Gracias señor”.

Jaime entra y se asombra del orden, todo está en su lugar, impecable; y hasta el radio está prendido.

—“Usted si es de lo más ordenado que hay, señor”.

—“Ah, para que veas! Pon tu mochila en esa silla. El sofá se puede convertir en una cama, ahí puedes dormir”.

—“Qué maravilla, mil gracias señor”.

Jaime se pone a mirar alrededor.

“Y esa foto de un señor con el pelo todo lamido y cara antigua quién es?”

—“Ese señor con el pelo engominado es ni más ni menos Carlos Gardel”.

“Y quien es ni más ni menos Carlos Gardel?”

—“Ni más ni menos Carlos Gardel es un cantante de tangos, y para que no preguntes tanto, te voy a poner una canción suya en el tocadiscos”.

Jaime escucha y comenta:

—“Eso es lo que tocan en los cafés donde yo vivo”.

—“Ah, sí?”

Jaime descuelga otra foto de la pared y se la acerca a la nariz.

—“Quién es ésta de la foto?”

—“Mi novia”.

—“Umh? No huele a nada. Cuándo se van a casar?”

—“Nunca, y de eso no se habla más”, grita Miguel Angel.

Jaime se encoge de hombros, devuelve la foto a su sitio, se sienta al revés en una silla y decide no volver a hablarle a Miguel Angel en su vida.

El pintor trabaja un rato en los cuadros, pero al ver que Jaime ha decidido quedarse mudo para siempre, dice:

—“Métete en la cama y te cuento una historia para que te duermas de buen humor”.

—“Bueno!” grita Jaime, lanzándose a la cama como un nadador desde un trampolín.

—“Había una vez una niñita de familia muy pobre”, comienza Miguel Angel. “Escasamente tenían con qué comprar la comida del día. La niñita quería mucho a sus papás, pero un día la mamá se enfermó y no había dinero para llevarla al médico. Por más que el papá trabajaba día y noche, no lograba reunir la cantidad necesaria y la mamá estaba cada vez más enferma. La niñita se puso a pensar y pensó y pensó, qué podría hacer. Finalmente decidió ir a la gran ciudad. De pronto allí lograría conseguir algún dinero. Al llegar a la ciudad timbró en muchas casas. No le dieron nada y le tiraron las puertas en las narices. Le tocó dormir en la pura calle. La pobre tenía mucho frío ya que apenas vestía un saco deshilachado y una falda llena de agujeros. Los zapatos sacaban la lengua a cada paso

que daba. No tenía medias. Pero en el cuello lucía un collar del que estaba muy orgullosa. Lo había encontrado un día tirado en la acera, junto a su casa. Estaba hecho de veinte pepitas plásticas, tan brillantes que parecían perlas. Ella lo quería mucho y lo limpiaba todos los días, muy, pero muy cuidadosamente. Una noche estaba haciendo tanto frío en la calle que la niñita no podía dormir del miedo de amanecer congelada. Se puso a caminar por la ciudad, esperando a que saliera el sol para calentarse un poco. Caminó, caminó y caminó pero el sol no asomaba. Empezó a llover. De pronto encontró una casita con la puerta entreabierta y una luz que salía de su interior. Se acercó muy despacio, deslizando los pies sobre el pavimento para que las suelas flojas no hicieran ningún ruido. Empujó la puerta un poco y vió un cuarto con una chimenea prendida. Había además dos sillas y una mesa de madera. Las paredes eran blancas. Como no había nadie y el fuego daba un calorcito muy agradable decidió entrar. Cerró la puerta y se recostó junto a la chimenea. El calor pronto secó sus ropas y como estaba tan cansada se durmió enseguida. Durmió, durmió y durmió muchas horas hasta que sintió que le tocaban el brazo. Al despertar vió a un hombre muy viejo con una barba muy larga y muy blanca. Ella se asustó y trató de levantarse y salir corriendo. Pero el viejo la tenía fuertemente agarrada del brazo. La niñita comenzó a llorar. —“No tengas miedo”, dijo el viejo para calmarla. “Ven a desayunar conmigo”. La mesa estaba puesta. De las humeantes tazas de chocolate con canela y clavo salía un aroma exquisito. Además había arepa, queso, mantequilla y miel. La niñita comió, comió y comió. El viejo la observaba sin decir nada. —“Qué lindo collar tienes”, dijo finalmente. “Me lo dejas ver?” La niñita se asustó muchísimo. —“No me lo puedo quitar, la cerradura está dañada”, mintió ella y se llevó las manos al cuello haciendo gestos como si estuviera tratando de abrir el broche. En una de esas se reventó el collar. Las pepitas cayeron al suelo y se desparramaron por toda la habitación. Ella se puso a llorar nuevamente.

—“No llores”, dijo el viejo. “Yo puedo ensartarlo. Recoge las bolitas tú, mientras busco hilo y aguja”. La niñita las recogió y contó para asegurarse de que estaban completas. —“Aquí están las veinte chaquiras”, dijo al entregárselas. El viejo comenzó a ensartarlas pero las manos le temblaban tanto que le costaba mucho trabajo encontrar los hoyitos de las pepas. La niñita comenzó a impacientarse, pero como el viejo trabajaba tan concentrada y alegremente,

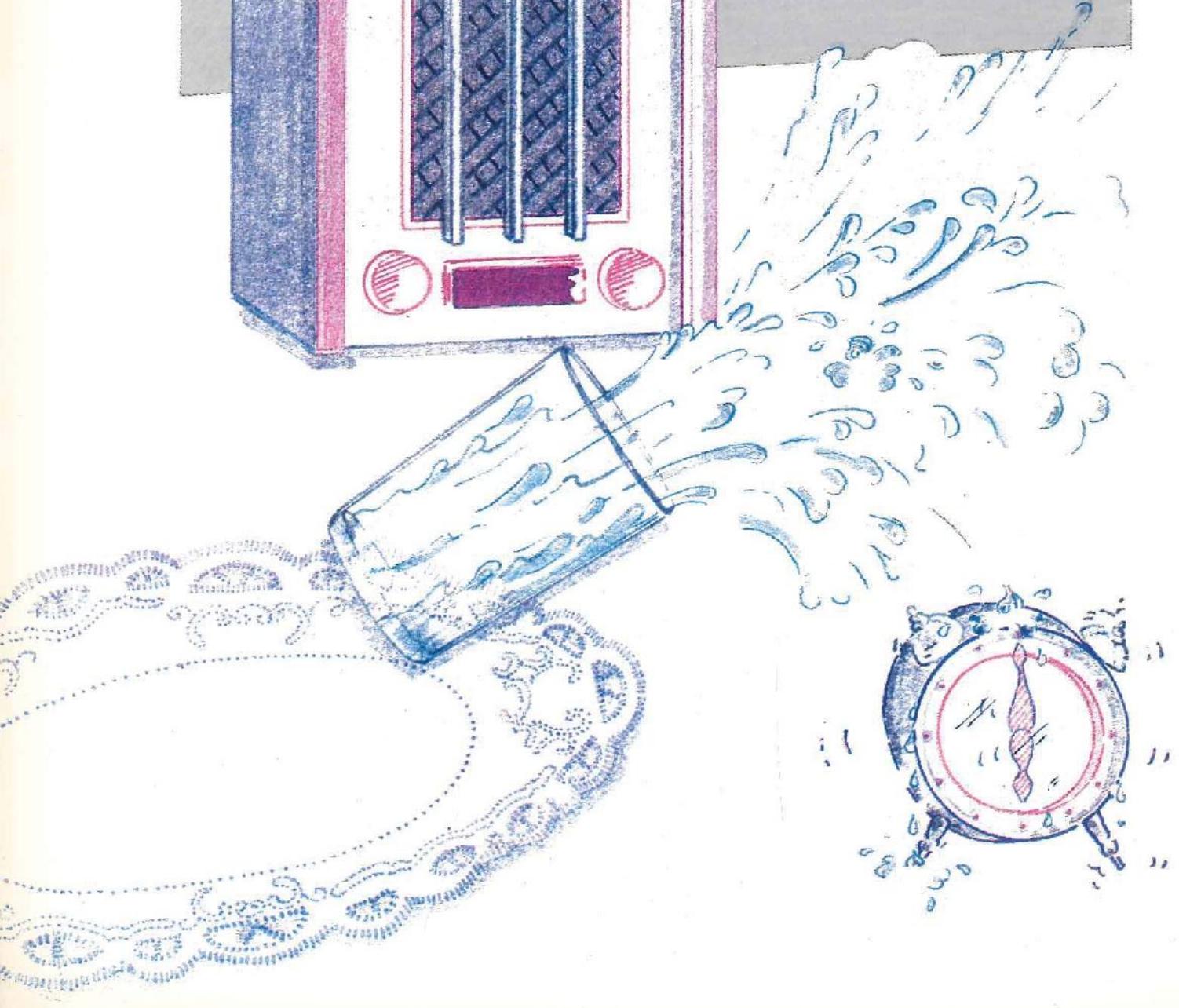
decidió pensar en otra cosa para distraerse. “Ay!” exclamó el viejo tratando de atrapar unas pepitas que caían al suelo. “Recógelas por favor, niña”. Pero por más que la niñita buscó en el suelo no pudo encontrar nada. —“No importa, en todo caso ya terminé” y le entregó el collar diciendo “quedó como nuevo, también le arreglé el cierre”. La niñita se arrepintió de haberle mentado al viejo pero resolvió no decir nada. Al despedirla en la puerta le dijo: —“Si te sientes muy sola y triste lo único que tienes que hacer es contar las cuentas del collar”. Ella le agradeció el desayuno y se fué. —“Qué será eso de contar las pepas”, pensó para sus adentros. “Seguro que faltan varias pero no las voy a contar para no ponerme más triste”.

Pasaron los días y la niña no lograba conseguir el dinero que necesitaba para la mamá. —“Si tuviera el pasaje para el bus volvería ya mismo a mi casa”. Y se puso a pensar en la falta que le hacía su familia. “Ojalá vinieran a buscarme”. Pero aunque los papás habían avisado a la policía, no sabían dónde estaba su hija. La niñita se sentía inmensamente sola e inmensamente triste, además la gente se alejaba de ella pues llevaba ya muchos días sin comer y sin bañarse y tenía un aspecto terrible. Se acordó entonces de lo que le había dicho el viejo. “Nada se pierde con ensayar”, dijo y comenzó a contar las cuentas plásticas del collar. Había ventidós. “Imposible!” murmuró. Ella se acordaba de haberle entregado veinte chaquiras al viejo, y además se habían perdido varias al caer al suelo. Miró detenidamente pepita por pepita y descubrió que había cuatro que brillaban más que las otras. Parecían como de nácar. “Son perlas verdaderas!” exclamó. Ahora podría comprar el tiquete y volver a casa ese mismo día. Además habría dinero de sobra para los remedios de la mamá. Se fué hasta el barrio donde vivía el viejo para agradecerle el regalo. Subió y bajó y subió y bajó la calle varias veces, sin lograr encontrar la casita. Se paró en la esquina desde la cuál había visto la puerta entreabierta la primera noche. Sólo vió edificios de paredes grises.

Así terminó Miguel Angel de contar su historia.

—“Hasta mañana, Jaime”, dijo. “Qué duermas bien”.

—“Hasta mañana. Gracias por la historia”. Jaime se durmió pensando en quién sería el viejito que había regalado las perlas a la niña, y soñó con él.





estuviera levantando, pero ahí mismo que la puerta se cierra, se deja caer nuevamente en la cama y queda dormido en el acto.

—“TOC TOC” (2 veces).

Jaime ya de regreso golpea a la puerta. Miguel Angel duerme como un tronco.

—“TOC TOC TOC” (3 veces).

—“Soy yo”, grita Jaime por entre la cerradura.

—“Si claro, quién más va a ser. Ya voy. Un minuto”. Miguel Angel sale de la cama en un dos por tres, haciendo muecas para despertarse.

—“A ver, qué es lo que tengo que hacer? Ah sí, abrir la puerta”.

—“TOC TOC TOC TOC” (4 veces).

—“Ya va. Un minutico”.

Cuando Miguel Angel está a punto de abrir la puerta se acuerda que no ha preparado el desayuno. Estira la mano para hacer un gesto mágico pero no logra recordar la palabra misteriosa.

—“Sésamo? No, esa es de otra historia. Abracadabra? No, esa tampoco, ha sido tan usada que ya perdió todo su poder. Es algo con T. Termita?... Termitonga?... Terminofila? No... TERMONCADORSA!”

—“TOC TOC TOC TOC TOC (5 veces) Y Jaime vuelve a gritar para que le abra la puerta:

—“Ya voy Jaime, lo que pasa es que no encuentro la puerta. Un minutín”.

**SOBRE LA MESA APARECEN: 4 BULTOS DE CAFE**

**3 GALLINAS VIVAS**

**2 VACAS MASCANDO PASTO**

**1 MILLON DE TERRONES DE AZUCAR**

—“Se me fué a mano”, grita Miguel Angel asustado. “Ensayemos TERMONCADOR”.

—“TOC TOC TOC TOC TOC TOC (6 veces).

—“Ya voy. Ya voy. Un minutincillo”.

**AHORA APARECEN: 2 TERMOS DE CAFE**

**1 GALLINA DESPLUMADA Y MUERTA DEL FRIO**

**1/2 VACA MASCANDO PASTO**

**500.000 TERRONES DE AZUCAR**

—“Casi”, grita Miguel Angel entusiasmado. “La palabra misteriosa tiene

que ser TERMONCA, de eso no hay duda”.

—“TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC” (7 veces).

—“Ya voy. Ya voy. Ya voy. Un minutintintincillo”.

APARECEN:           2 TAZAS DE CAFE  
                          2 HUEVOS FRITOS  
                          2 VASOS DE LECHE  
                          250.000 TERRONES DE AZUCAR

Miguel Angel corre a abrir la puerta.

—“Perdona Jaime, es que no encontraba la manija”.

—“Ah?” Jaime se queda boquiabierto” Y qué era eso que se oía?

Sonaba como pollos!”

—“Pollos?” pregunta Miguel Angel inocentemente. “Aquí no ha habido pollos, ni vacas mascando pasto, ni bultos de café ni nada de eso”. Sonríe un poco maléficamente. “Únicamente estos 250.000 terrones de azúcar por si acaso quieres endulzar tu café”.

—“Me parece una exageración”, contesta Jaime. “Y también me parece una exageración que se haya demorado diez minutos en encontrar la manija de la puerta”.

—“Eso, Jaime, depende de donde uno la busque, no?”

—“Ah!” Jaime queda boquiabierto por segunda vez.

El bus en el que van Jaime y Miguel Angel pasa por la Plaza de Bolívar. Miguel Angel le muestra la estatua del Libertador con las palomas acurrucadas en la cabeza.

—“Y aquella es la Catedral”, dice señalando para el otro lado. “Esa casita colonial es la Casa del Florero. Sabes qué pasó ahí?”

—“Claro”. Jaime se para en la banca y comienza a recitar:

—“El-vein-te-de-ju-lio-de-mil-o-cho-cien-tos-diez-dí-a-in-ol-vi-da-ble-y-glo-rio-so-des-de-el-cuál-co-mien-za-nues-tra-pa-tria-a-con-tar-su-vi-da-de-na-ción-in-de-pen-dien-te. Su-ce-dió-qué-al-guien-fué-a-pe-dir-un-flo-re-ro-a-la-tien-da-de-Don-Jo-sé... Gon-... zâ-lez-... Llo-...ren-te-...”

Jaime cierra los ojos un ratico, tratando de concentrarse.

—“No me acuerdo del resto”, dice finalmente, “por algo me rajé en el examen de Historia Patria”.

—“No está mal, eso sí, un poco monótono... Bueno aquí nos bajamos”, dice Miguel Angel levantándose.

La Carrera Séptima está llena de gente haciendo compras de Navidad. Muchas señoras cargadas de paquetes, sin poder ver por donde caminan, se tropiezan de poste en poste. Unos gamines miran la vitrina de una juguetería con un poco de tristeza. Un payaso anuncia rebajas en un almacén de ropa.

—“Ahí es que venden disfraces para payasos o qué?” pregunta Jaime.

—“No, ropa para gente común, el payaso sólo es un truco para atraer clientes. No te parece muy triste que la Navidad se haya convertido en una feria?”

—“No, realmente no”, contesta Jaime. “Por otro lado, usted va a contribuir a la feria con su venta de cuadros”.

—“Mis cuadros son obras de arte!”

Miguel Angel se para a mirar la vitrina de un almacén de discos. Llama a Jaime.

—“Ven! Mira esa es la Colección de Gardel con todas sus canciones, me encantaría tenerla”.

Le señala a Jaime una caja de discos con una foto de un señor con el pelo engominado y cara antigua”.

—“Ese es el de los tangos!” exclama Jaime. “Pues hay que comprarla, entremos!”

—“No, no no, es carísima!”

Finalmente llegan a la esquina donde Miguel Angel habitualmente instala su venta. De un bolsillo, como por arte de magia, saca una pequeña escoba plástica con la cual barre un cuadrado de la acera. Pero... OH... QUE HORROR! A dos metros de la esquina está el puesto de mazorcas donde Jaime había robado una el día anterior.

—“A fin de cuentas no hice nada malo puesto que no me comí la mazorca...” Pero en todo caso, por si las moscas, decide poner cara de bobo y mantenerse lo mas alejado posible de la vendedora. Miguel Angel abre la maleta y ordena los cuadritos en el interior. Se arregla el pelo y la corbata, se sacude las solapas y comienza tímidamente:

—“Las pinturas originales de ángeles. Lleve una para la Navidad”. Termina en un susurro inaudible.

—“Así no va a vender nada”, dice Jaime. “Déjeme anunciar a mí”.

Jaime hincha los pulmones y se pone a dar unos alaridos



recoge y la tira a la basura. Miguel Angel ha encontrado una gallina debajo de la cama, la esconde en la chaqueta para sacarla de la casa cuando Jaime se descuide.

—“Todas estas plumas...” murmura Jaime. “Cualquiera diría que por ahí hay...”

—“Pollos?” Miguel Angel ríe nerviosamente. “Más bien lávate las manos y mientras tanto yo arreglo las cosas para enseñarte a pintar cuadros”.

Miguel Angel extiende sobre la mesa pinceles, botes de pintura, láminas con ángeles impresos, tijeras y varios pedazos de madera para fabricar los marquitos. Jaime acerca una silla y se sienta muy derecho, como si estuviera en clase de Historia. Miguel Angel pone cara de profesor.

—“Pues es bastante fácil, lo primero que hay que hacer es echar un poco de azul claro en las alas”. Toma un pincel y lo sumerge en un tarro de pintura. Da unas cuantas pinceladas en las alas de un a<sup>n</sup>g<sup>e</sup>l impreso en Italia.

—“Pero”, interrumpe Jaime. “Lo que usted hace es pintar encima de láminas que ya están pintadas, eso es trampa!”

—“Cómo que trampa?” pregunta Miguel Angel.

—“Pues claro”, contesta Jaime. “No les dijo a los clientes que los cuadros eran suyos? dizque ori...ogiri...”

—“La palabra que estás buscando es originales”. Miguel Angel indica con el dedo como si explicara una regla gramatical de esas llenas de excepciones. “Mis cuadros son ciertamente originales ya que la idea es verdaderamente muy original. Y no me llamarás ni tramposo ni ladrón, tal vez embaucador!”

—“Como usted lo desee, Señor Embaucador”, replica Jaime. “Pero a propósito, ese bulto en su chaqueta y esa pata que asoma por debajo qué podrán ser?”

Evidentemente, el ave que Miguel Angel había escondido en su chaqueta para sacarla a la calle apenas Jaime se descuidara, comenzaba ahora a protestar y a hacer esfuerzos por soltarse.

—“El que una cosa haga bulto y tenga una pata no necesariamente indica que sea un pollo, chulo, pato u oca”. Miguel Angel se ajusta la chaqueta un poco antes de continuar. “Mejor sigamos pintando este cuadro, tu coges el pincel ahora”.

Jaime pinta la aureola de dorado. El vestido del ángel va en rosado, y el

maestro le ayuda a echarle un poco de gris para que quede como con visos.

—“Los ángeles existen de verdad? pregunta Jaime. “Uno de los profesores del colegio dijo que eran de mentiras. Dizque inventos de la gente”.

—“Claro que existen!” exclama Miguel Angel. “Cuando la gente inventa algo es porque lo necesita, y la imaginación es suficiente para hacer que exista”.

Jaime se pone pensativo.

—“Pero ayer yo estaba acordándome de Carlitos porque quería jugar con él y...”

—“Sí”, interrumpe Miguel Angel. “Pero no te pareció que mientras recordabas era como si estuvieras jugando con él?”

—“Sí, más o menos, pero como en el aire”.

—“A veces las cosas COMO EN EL AIRE son mucho mejores. Lo bueno del algodón de azúcar, por ejemplo, no es el azúcar ni la pintura rosada sino esa sensación de estar comiendo aire dulce...”

Jaime se saborea y pinta las nubes de una lámina de rosado.

—“Los ángeles viven en las nubes, no?” pregunta Jaime. “Deben suceder muchas cosas allá arriba que nosotros no sabemos...”

—“Sí, allá arriba tienen sus casas, oficinas, fábricas, de todo...”

—“Fábricas?” pregunta Jaime sorprendido.

—“Fábricas de alas y de todo lo que se necesita para ser ángel...”

Al acostarse a dormir, Jaime se imagina que trabaja en la mayor fábrica del firmamento. Es un gran edificio construido sobre cuatro nubes bien puestas en el cielo. El es el portero, el encargado de recibir las cartas y mercancías que llegan. Por las mañanas abre las puertas para dejar entrar una hilera de camiones que traen almohadas de todas partes del mundo. Sabido es que las alas de los ángeles están hechas de pluma. Pero desde que los directores de la fábrica descubrieron que las plumas de mejor calidad eran las de las almohadas y cojines, los representantes de la fábrica recorren todos los países de la tierra comprando almohadas, cojines y sillones viejos.

Jaime ya se ha dormido y en su sueño ofrece darnos un recorrido por el edificio. Primero nos lleva a:

# Sección número



- Allí hay: 8 toneladas de plumas  
8 costureras con gafas  
8 agujas para que las costureras cosan  
8 carretes de hilo para las agujas de las costureras  
8 pañuelos por si las costureras comienzan a estornudar con tanta pluma.  
1 caja de primeros auxilios que contiene todo lo necesario en caso de pinchazos.

Cada costurera produce un modelo de alas diferente, dependiendo del gusto, edad y tamaño del cliente. El modelo ALA-ALO viene con teléfono incorporado, ya que aún en las nubes hay cosas importantes que hablar: "Que Ulanito perdió el arpa". "Que Utanito anda volando bajo". "Que Erencejita se maquilla con polvo lunar", "Que la Vía Láctea está cada vez más congestionada". "Que las túnicas rosadas están muy baratas"... atadí... atadí...

El modelo deportivo "KRACH", fabricado por una costurera japonesa de alas y ojos rasgados, alcanza altas velocidades y viene con decoraciones de cromo. Es el preferido de los que quieren "tirar pinta".

"FALSK" es el modelo más barato ya que está hecho enteramente de materiales provenientes de almohadas de espuma.

Además hay modelitos para ángeles niños, y otros como el "CON-CON", de alas plegables, similar a los aviones modernos.

Las 8 costureras conversan entre ellas muy alegremente mientras

trabajan. Cosen cada pluma con ocho puntadas y un remate que termina en nudo ciego.

—“Tú qué tal eres para matemáticas?” pregunta una de ellas.

—“Más o menos”, contesta Jaime.

—“El otro día estábamos conversando y llegamos a un problema que no pudimos resolver. De pronto tú puedes ayudarnos...”

—“De pronto...” contesta Jaime sin mucho entusiasmo ya que las matemáticas le cuestan mucho trabajo.

—“El problema es el siguiente, presta mucha atención: Si 8 costureras cosen 8 pares de alas en 8 días, cuantos pares de alas cose una costurera en un día?”

—“Yo creo que la solución es un par de alas”, dice la japonesa rápidamente.

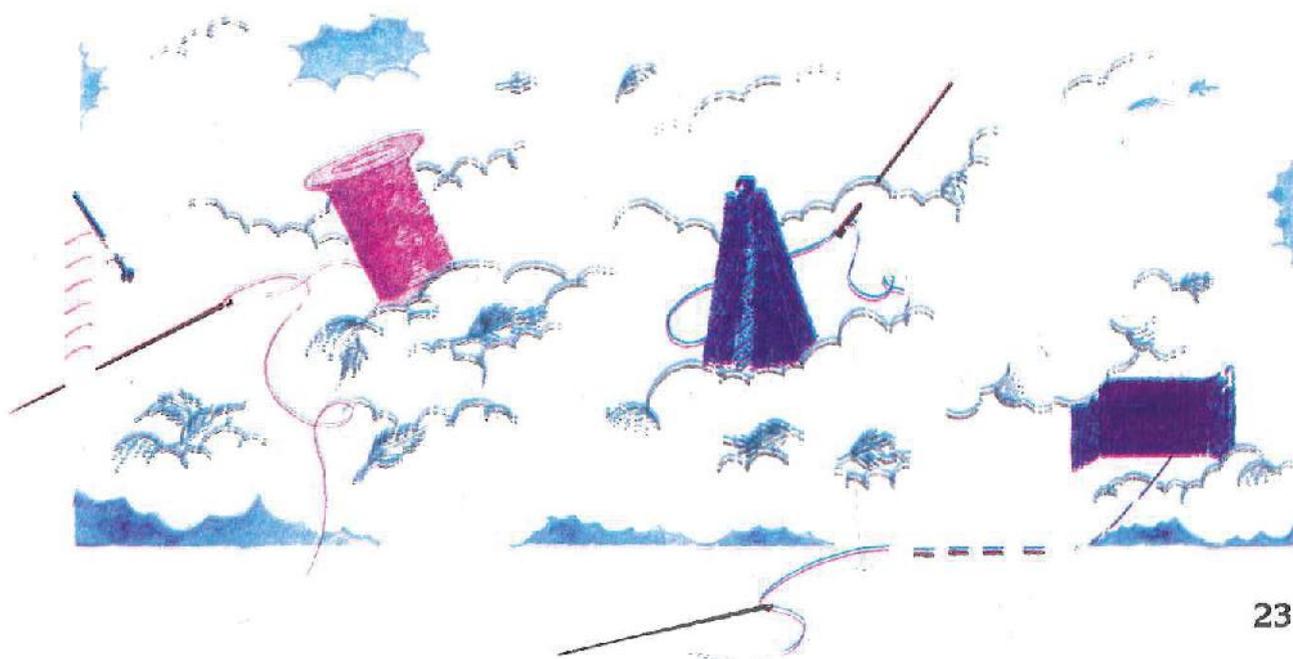
—“Imposible!” exclama Jaime. “Si una costurera cose un par de alas en un día, entonces 8 costureras coserían 8 pares de alas en un día. El problema dice que las 8 cosen los 8 pares en 8 días... La solución es un octavo!”

—“Un octavo de ala?” exclaman las trabajadoras asombradas.

—“No, un octavo de par de alas, o sea un cuarto de ala!”

—“Increíble”, exclaman todas al tiempo. “Este niño es un verdadero prodigio”.

—“Ojalá los profesores de mi colegio piensan lo mismo”, dice Jaime al salir.



# Sección número 1-A-V-E

SECCION 1-A-V-E es la preferida de Jaime ya que parece un zoológico. Aquí es donde se fabrican las alas para todos los pájaros que existen. Los ingenieros de esta sección están muy orgullosos de su trabajo, especialmente de las alas aerodinámicas que diseñaron para las gaviotas y de las llenas de colores que hicieron para las guacamayas de Sur América.

—“Si vieran”, dice el ingeniero jefe, “lo feas que se veían las pobres sin alas, aquí vinieron tristísimas a pedir cacao...”

—“Las más bonitas son las de alas azules”, dice Jaime.

—“Sí claro, la fórmula para fabricar ese tono de azul es un secreto de nuestra sección”, replica el ingeniero con cara de misterio.

—“Y han cometido errores alguna vez?” pregunta Jaime descortesmente.

—“Errores? No, nunca!”

—“Y el avestruz”, dice Jaime sonriendo. “Ese les quedó malísimo, no levanta vuelo ni echando carrera”.

—“Ah. S-sí... tal vez el avestruz nos quedó como regular”, accede él tristemente.

—“Y nosotros qué?” gritan unos pingüinos desde un rincón de la habitación. Todos muy bien vestidos, como si fueran a ir a una fiesta.

—“Ustedes qué de qué?” pregunta el ingeniero.

—“Que tampoco podemos volar, y además este traje de etiqueta puede ser muy elegante pero no sirve para el Polo!”

—“Qué quieren entonces?”

—“Queremos abrigos de piel, botas de caucho y gorros con orejeras”, gritan todos los pingüinos en coro.

Jaime sale sin esperar el resultado de esta discusión.

—“Si los pingüinos obtienen lo que desean”, piensa, “la noticia saldrá en todos los periódicos...”

# Sección número

## 2 L E Y

En la SECCION 2-L-E-Y se encuentra la oficina judicial:

10 abogados

10 tinterillos (uno para cada uno de los abogados)

10 tinteros (uno para cada uno de los tinterillos)

10 plumas (una para cada uno de los tinteros)

10 botellas de quitamanchas.

—“Buenos días”, SALUDA ABOGADO PRIMERO. “Debes ser breve pues aquí tenemos mucho trabajo”.

—“En esta oficina”, CONTINUA ABOGADO SEGUNDO, “se resuelven todos los problemas que tienen nuestros clientes”.

—“Por ejemplo”, AGREGA ABOGADO TERCERO, “se sabe que un tal Leonardo da Vinci, ciudadano italiano, copió el sistema de vuelo de los pájaros para fabricar el primer aparato volador”.

—“Eso”, DICE ABOGADO CUARTO, “es un delito ya que nuestros diseños están protegidos por la ley”.

—“Y además”, EXCLAMA ABOGADO QUINTO, “desde ese entonces el cielo se ha visto invadido de unas toscas y groseras máquinas metálicas llamadas aviones, las cuales molestan y ponen en peligro el libre vuelo de nuestros clientes”.

—“Sin mencionar”, ACLARA ABOGADO SEXTO, “los tales jets que son capaces de aspirar bandadas de aves en sus turbinas”.

—“Y”, AÑADE ABOGADO SEPTIMO, “hacen un ruido terrible y dejan el aire lleno de humo”.

—“Hablando de humo”, HABLA ABOGADO OCTAVO, “una de nuestras mayores demandas en este momento está dirigida a poner fin, en una u otra forma, a las grandes cantidades de humo, cenizas, y vapores químicos que continuamente son descargados en el aire”.

—“Hay problemas de visibilidad”, INDICA ABOGADO NOVENO.  
“Además se está acabando el aire, y si no hay aire las alas no funcionan...”

—“Como ya te dijo el abogado primero, aquí tenemos mucho trabajo”, ASEGURA ABOGADO DECIMO.

—“Lo mejor es que te vayas ya”, SUSURRAN ABOGADOS UNO AL DIEZ, mientras empujan a Jaime suavemente fuera de la oficina.



En la SECCION 3-V-I-A se tramitan visas y pasaportes.

—“Bue...nos...días...” (Son un poco lentos en esta oficina).

“Pa...sen...por...fa...vor... Si...lo...que...usted...desea...es...un...trámi...te... nece...sita... traer... dos... (2)... fotos..., ...su... dedo... pulgar... y... todas... las... señas... particu...la...res”.

Afortunadamente Jaime explica a los tramitadores que sólo está dando un paseo por las instalaciones.

—“Un paseo?” preguntan ellos. “Esa es nuestra especialidad. Aquí arreglamos todos los viajes de aves y ángeles. Cuando los patos vuelan al Sur antes del invierno, les indicamos la ruta más descongestionada y que cruza lejos de los cazadores con rifles. Algunos patos paran en Panamá a descansar, otros prefieren Colombia o Venezuela. Aquí les expedimos los permisos del caso. A su vuelta, por allá en marzo o abril, les facilitamos las visas de regreso”.

En ese momento se abre la puerta y entra una esbelta garza germana acompañada de su familia: un marido barrigón y cuatro pequeños.

—“Venimos a averiguar sobre el viaje a Egipto”, dice ella a manera de saludo.

—“Egipto”, contesta el agente, “es uno de los mejores sitios para pasar el invierno. El clima es muy agradable. Además, en estos momentos hay un descuento especial en las rutas que pasan sobre Italia”.

—“Qué tal es la alimentación?” pregunta el marido rascándose la barriga.

—“Excelente! Las orillas del río Nilo ofrecen una variedad de gusanos como para hacerle la boca agua a cualquiera”.

—“Y son frescos?” insiste el marido.

—“Frescos, tiernos y gorditos”, asegura el agente.

—“Y los postres?” Preguntan los pequeños con gran interés.

—“Los mejores del mundo se encuentran al picotear las muelas de los cocodrilos”.

—“Y no es peligroso? pregunta la madre.

—“No. No hay peligro alguno... Siempre y cuando al reptil no le dé por cerrar la boca”.

La familia Garza decide emprender el viaje a Egipto. El agente les entrega una serie de formularios. La madre se cala las gafas y comienza a rellenarlos cuidadosamente.



En el cuarto piso queda la oficina de METEOROLOGIA.

—“Buenos días”, dice Jaime al entrar.

—“Días? Qué es un día?” Pregunta el jefe. “Los días no existen, jovencito. Lo que sucede es que la tierra da una vuelta en torno a su eje”.

—“Sí, claro”, murmura Jaime confundido: “Buena vuelta en torno a su eje”.

—“Buena vuelta para tí, jovencito”, contesta el meteorólogo.

—“Qué frío hace aquí!” exclama Jaime.

—“Por supuesto, tenemos la máquina invernal funcionando”. El hombre toma a Jaime del brazo, lo conduce por la planta y continua explicando.

—“Aquí fabricamos las estaciones: invierno, primavera, verano y otoño. Tenemos máquinas de lluvia y aparatos para producir nieve, granizo y escarcha”, agrega mientras señala una serie de complicadas construcciones

metálicas llenas de mangueras plásticas y luces de colores. “Por medio de equipos de sonido con parlantes escondidos en medio de muchísimas nubes amplificamos los truenos y relámpagos”.

Jaime se acerca a mirar una palanca de la que cuelga un letrero que dice “ALTO VOLTAJE”.

—“Esa palanca”, dice el científico, “hace entrar en corto circuito los cables eléctricos esparcidos por todo el firmamento, creando así los rayos y las tormentas eléctricas”.

—“Y ese molino?” pregunta Jaime indicando unas enormes aspas de madera que cuelgan del techo.

—“Es para batir el viento y formar los huracanes y tifones que arrasan pueblos enteros”, replica el encargado sin mayor emoción.

En el fondo del salón hay un grupo de ángeles jugando dados.

—“Y esos están en recreo?” pregunta Jaime.

—“No, no, no. Ellos deciden el clima en las diferentes regiones de la tierra”.

Jaime se pone a mirar el juego sobre el hombro de un ángel de alas arrugadas.

—“Este es el que mejor suerte tiene”, susurra el meteorólogo. “Como puedes ver, siempre saca ases. El es el que juega por Colombia, por eso el clima es tan bueno allí”.

El turno pasa luego a tres ángeles de alas brillantes y recién planchadas.

—“Esos son los representantes de Suecia, Noruega y Dinamarca, llamados también los países escandinavos... como habrás aprendido en el colegio...”

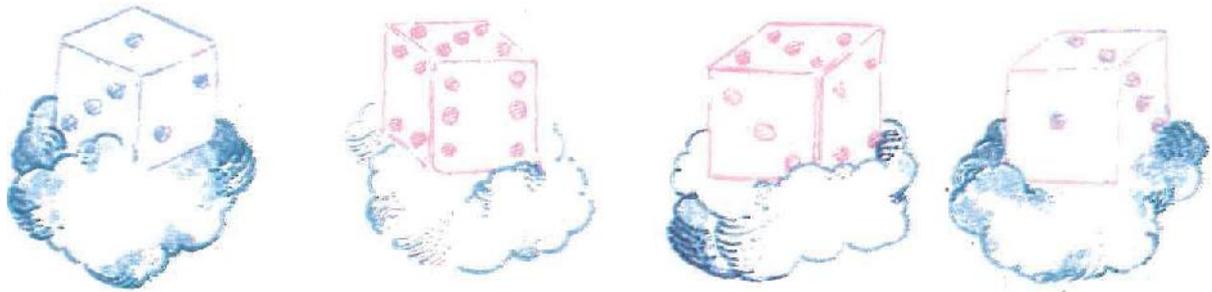
—“S-sí claro”, replica Jaime un tanto tentativamente.

—“Pues esos tres tienen una suerte malísima y por eso el clima en Escandinavia es horrible. Lluve constantemente, las temperaturas se caen hasta treinta grados bajo cero, el sol casi nunca sale... en fin, una verdadera tristeza”.

“Y aquél?” dice Jaime señalando un ángel con un sol rojo pintado en la túnica.

—“Ah, ese... Mmm... Ese tiene la mano bastante insegura y cada vez que se le van los dados al suelo ocasiona un tifón o un maremoto. Es el representante del Japón, el Imperio del Sol Naciente!”

—“Deberían cambiarlo por otro menos tembloroso”, sugiere Jaime.



—“Imposible!” exclama el encargado. Imaginate qué pasaría si nos pusiéramos a cambiar los jugadores... De pronto comenzaría a nevar en Cartagena o a dejar de llover en Bogotá. La gente no sabría qué ponerse y las fábricas de loción para el sol y las de paraguas se irían a la quiebra”.

—“Ah claro. No se me había ocurrido”, asiente Jaime.

—“Pero si quieres, como excepción, puedes echar los dados por Colombia a ver qué sale”.

La cara de Jaime se ilumina de felicidad e inmediatamente el ángel de las alas arrugadas le hace un campo en la mesa.

—“Sopla los dados primero”, le aconseja el ángel.

Jaime los sopla y los rebulle un buen rato antes de tirarlos.

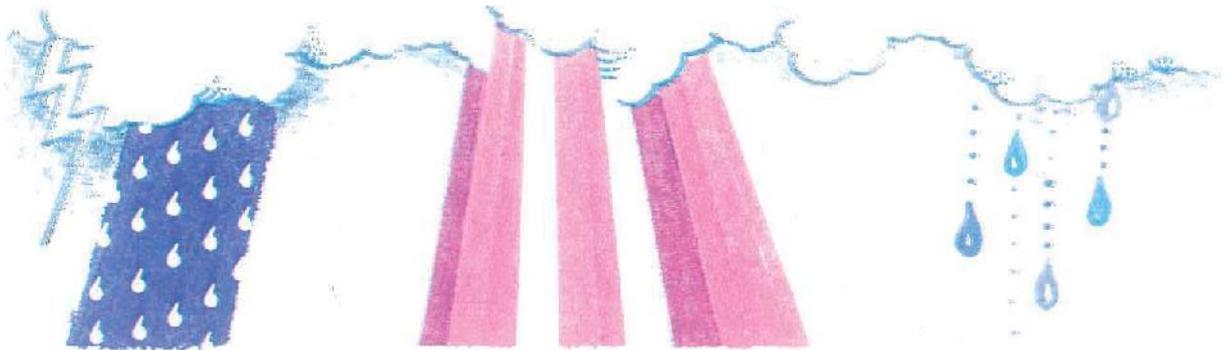
—“Un dos y un as”, observa el meteorólogo. “Mañana habrá lluvia en Bogotá y sol en todo el resto del país”.

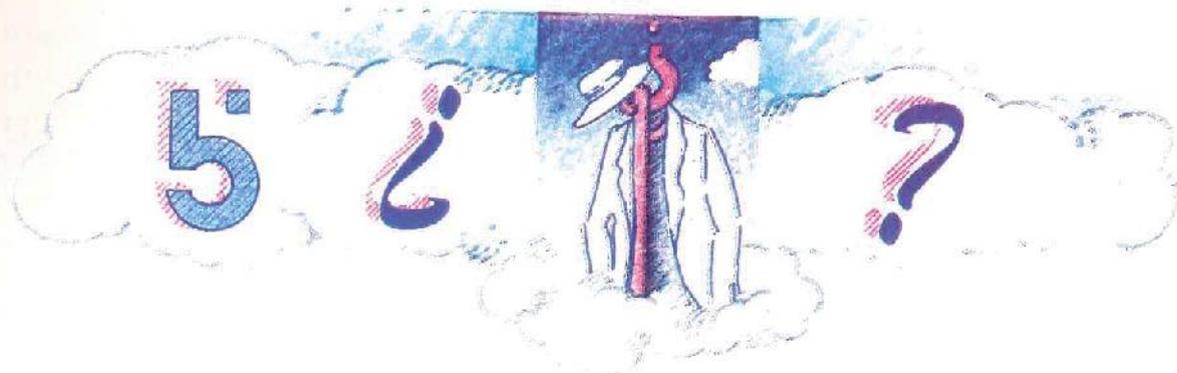
—“Felicitaciones”, exclama el representante de Colombia.

—“Te envidiamos tu suerte”, dicen los tres ángeles escandinavos.

—“Adiós y gracias”, se despide Jaime.

—“Que tengas una buena vuelta en torno a tu eje”, le desean al cerrar la puerta.





En el quinto piso hay una puerta con el letrero:



A Jaime se le ocurre levantar el letrero para ver si por el revés hay otra cosa escrita, allí dice:



—“Qué extraño”, murmura Jaime. “Esta debe ser la sección de camuflaje”.

Jaime abre la puerta que no es puerta y entra en una pequeña habitación cuyas paredes están llenas de avisos:



Jaime se dirige entonces al perchero. —“Buenos días señor... es decir, señor jefe vestido de perchero”.

—“La situación está muy difícil”, replica el jefe inmediatamente. “Ya no sabemos qué disfraces dar a nuestros enviados a la tierra. Antes los mandábamos rodeados de una luz blanca o en luminosos carros de fuego con música de trompetas celestiales. Me imagino niño que tú habrás aprendido todo ésto en la clase de Historia Sagrada”.

—“Sí claro, yo soy el mejor en esa materia”.

—“Nuestro problema de camuflaje”, continúa el perchero mientras se arregla uno de los tantos sombreros que forman parte de su disfraz, “no es pasar desapercibidos sino más bien hacer que la gente nos vea y tome nota de nosotros. Pero en la tierra ya no creen en carros de fuego, ahora los llaman platillos voladores! Un ángel tocando el arpa no significa nada para ellos. Lo que gusta allá abajo es tecnología y electrónica”.

—“Y qué piensan hacer entonces?” pregunta Jaime.

—“Hemos pensado en bajar en una gran nube con avisos de neón y regalar equipos de sonido, juegos de computador y otras cosas de contrabando. La otra alternativa es interceptar los canales de televisión y hacer un ballet en patines de ruedas, con música popular y todo”.

—“Puede ser una buena idea”, asiente Jaime.

—“Veremos cómo sale”, termina el perchero al abrir la puerta para que Jaime salga. “Para subir al último piso”, agrega finalmente, “ve hasta el fondo del corredor y sube por las escaleras donde dice PROHIBIDO SUBIR, es un secreto”.

—“Mil gracias, señor perchero”, dice Jaime al encaminarse hacia las escaleras.



En el último piso queda la sección de IN-TELIGENCIA. La puerta también está llena de letreros:

SECRETO

SILENCIO

ES MEJOR NO DECIR NADA  
EN BOCA CERRADA NO ENTRAN MOSCAS...  
CUANDO EL RIO SUENA PIEDRAS LLEVA  
PROHIBIDO PASAR  
PROHIBIDO ABRIR LA PUERTA  
TODO ESTA PROHIBIDO  
PROHIBIDO LEER ESTO

Jaime ya no hace caso de las advertencias y abre la puerta tranquilamente.

—“Buenas...” dice al entrar.

—“SHSH”, susurra S.H., el jefe de inteligencia. “Mshfldslfi”.

—“Qué?” pregunta Jaime. “No le entiendo”.

—“SHSHSH. Tenemos que hablar al revés por si hay alguien escuchando”.

—“Pero si hablamos al revés, protesta Jaime. “Nosotros no entenderemos nada tampoco”.

—“SHSHSHSH. Ponte este espejo junto a la oreja y así las palabras se enderezan antes de entrar al oído”.

—“Ah sí claro exclama Jaime.

(PARA PODER LEER EL SIGUIENTE DIALOGO DEBES PONER UN ESPEJO SOBRE EL LIBRO DE MODO QUE REFLEJE LAS LINEAS).

“SIDQA NECAH EDO”— pregunta Jaime.

—“PENSAR!”  
 —“EN QUE?”  
 —“EN COSAS INTELIGENTES!”  
 —“COMO QUE?”  
 —“PROYECTOS.”  
 —“QUE CLASE DE PROYECTOS?”  
 —“SUPER SECRETOS!”  
 —“TANTO ASI?”

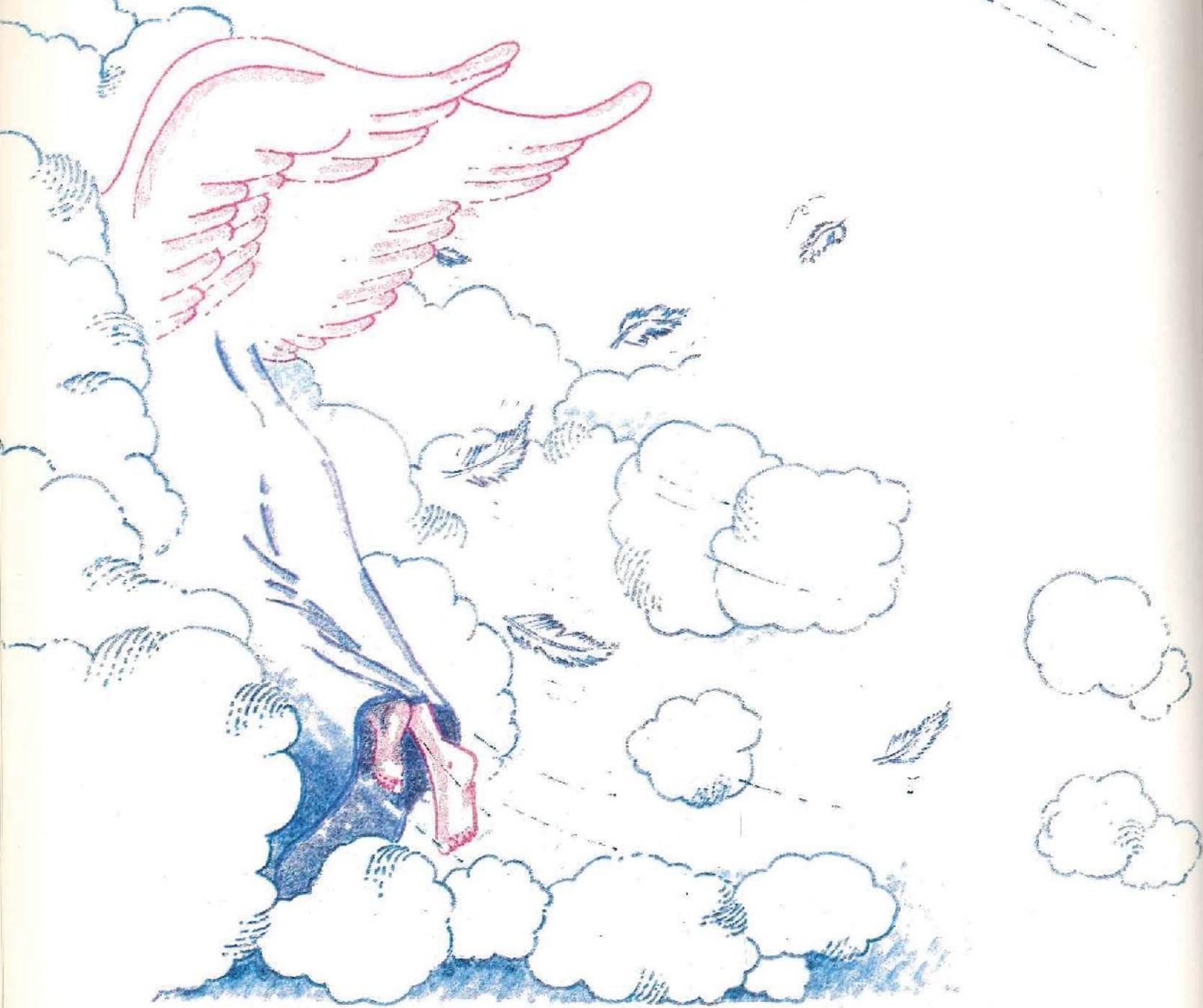
El señor S.H. se mete bajo la mesa y le hace señas a Jaime para que lo imite.

—“ESTE SITIO ES MAS SEGURO.”  
 —“CUALES SON LOS PROYECTOS SUPER SECRETOS?”  
 —“SHSH. NUMERO 1: MANDAR ANGELES A LA TIERRA...”  
 —“PARA QUE?”  
 —“SHSHSH. NO PUEDO DECIR.”  
 —“ASI DE SECRETO ES?”  
 —“AJA!... SHSH... SH... SHSH... SH... SH... SHSH... SHSH... SHSH”.

Al señor S.H. le da un ataque de sh-sh, parecido a los de hipo que a veces le dan a Jaime. Este decide salir silenciosamente de la habitación. Además es obvio que el señor S.H. no está dispuesto a dar mucha información sobre sus planes secretos.

El timbre de la fábrica comienza a sonar, indicando que es hora de cerrar. Todos los empleados dejan su trabajo y se dirigen hacia la salida. Jaime se despide de cada uno de ellos. Los jugadores escandinavos salen tristísimos pues tuvieron peor suerte que de costumbre, parece que caerá gran cantidad de nieve en sus respectivos países. El de Colombia, en cambio, se despide muy alegremente mientras silba la tonada de una cumbia. El perchero ahora está vestido de poste de la luz. Los abogados van todos en fila, con maletines grises aparentemente llenos de papeles importantísimos. Los sigue una fila de tinterillos con las manos muy manchadas de tinta. El meteorólogo lleva tres paraguas bajo el brazo, por si acaso. Jaime asume que el escritorio que camina es el señor S.H.. El tramitador avanza en cámara lenta. Las costureras desaparecen entre las nubes dejando un reguero de plumas en el aire. El timbre que anuncia la salida termina de sonar cuando Jaime cierra la puerta de la fábrica.

19  
SEPTIEMBRE





Al abrir los ojos, Jaime se da cuenta de que lo que se oía no era el pito de la fábrica sino el reloj despertador. Son las seis de la mañana. Empieza a reflexionar en el sueño tan extraño que tuvo la noche anterior.

Miguel Angel hace esfuerzos por despertarse.

—“Señor”, dice Jaime.

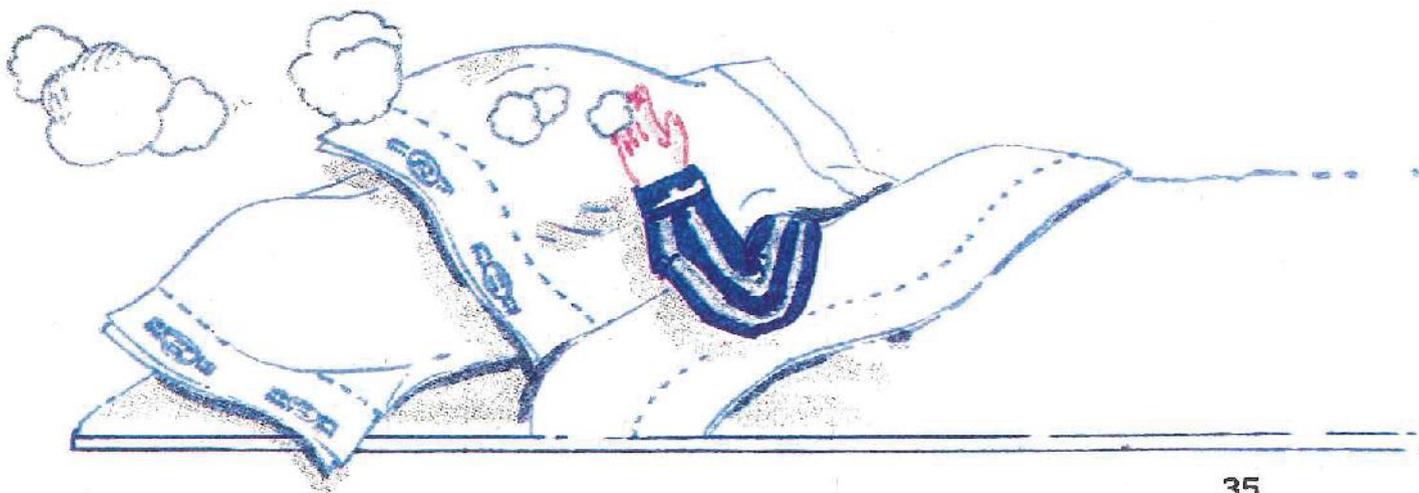
—“Mmmm?”

—“Anoche tuve un sueño muy raro. Era sobre ángeles... y yo me pregunto...”

—“Mmmm. Déjame dormir”, dice Miguel Angel tapándose con la almohada.

—“Para qué sirven los ángeles realmente?” insiste Jaime.

—“Mmm”, murmura Miguel Angel abriendo un ojo a medias. “Dime tres cosas que te gusten mucho”.



—“Pues comer, la plata y el Betamax de mis tíos”, contesta Jaime rápidamente.

—“Me lo imaginaba!” exclama Miguel Angel levantándose. “Pues los ángeles existen para recordarnos que hay cosas más importantes que las que dijiste”.

—“Ah sí?” Pregunta Jaime incrédulo. “Como qué?”

—“La amistad... tu compañero Carlitos... jugar con los amigos... reír... la música... pintar cuadros... llorar...”

—“Llorar?” exclama Jaime asombrado.

—“Por qué no? Es muy parecido a reír. Además también es gratis”.

—“Pues sí señor...”

Jaime sale a comprar el periódico. Miguel Angel prepara el resto del desayuno rápidamente ya que el día anterior había tenido la precaución de apuntar la palabra mágica “TERMONCA” en la manga de la camisa. Esta vez no aparecieron los 250.000 terrones de azúcar del día anterior, sino un pavo que comenzó a picotear la pata de la mesa.

—“Un pavo!” observa Miguel Angel. “A fin de cuentas estamos en Navidad...”

Cuando Jaime regresa de la calle, el pavo se ha dormido tranquilamente acurrucado tras la estufa.

Deciden quedarse en la habitación pintando cuadros todo el día ya que está cayendo un aguacero tremendo.

—“Qué tan raro que esté lloviendo”, dice Miguel Angel. “Ahora es época de verano...”

—“Sí”, asiente Jaime. “Pero si supiera quién tiró los dados del clima anoche no se sorprendería tanto...”

—“Cuáles dados? De qué hablas?”

—“Ah, es un secreto”, dice Jaime con cara maliciosa. “Para decir la verdad, es tan super secreto que si pregunta más me toca empezar a hablar al revés”.

“EMIAL ,ZADID DT OMOO”— contesta Miguel Angel rápidamente.

—“Sin espejo ni nada?” pregunta Jaime.

—“Sin espejo...”

Ese día se dedican a pintar cuadros con colores muy fuertes, anaranjado, rojo, verde loro. Le ponen un azul tan bonito al cielo de los fondos, que

poco a poco el clima de la ciudad empieza a mejorar. Como si cada trazo que los dos artistas añaden a la lámina se reflejara en el cielo de Bogotá.

—“Para qué más sirven los ángeles?” pregunta Jaime al rato.

—“Para muchas cosas... Cuidan a la gente... En la historia que te conté acerca del collar de plástico, el viejito que le regaló las perlas a la niña era un ángel disfrazado”.

—“Con las alas recortadas?”

—“Sí, más o menos”, asiente Miguel Angel.

--“Esa fue una historia muy bonita”, dice Jaime mientras pinta un arco iris sobre una lámina. “Sabe más historias?”

—“No se me ocurre ninguna por el momento”, contesta Miguel Angel.

—“Pero mira por la ventana, hay un arco iris sobre el cerro de Monserrate!”

Jaime corre a mirar.

—“Qué colores tan lindos!” exclama. “Pero es igualito al que yo pinté, sólo que un poco más brillante”.

—“Ya ves lo importante que es pintar cuadros” dice Miguel Angel. “No sólo uno se pone contento por dentro, sino que hasta el mundo exterior se mejora un poquito...”

—“Nunca había pensado en eso”, dice Jaime sentándose a la mesa y tomando un pincel con pintura amarilla, decidido a traer el sol a todos los países de la tierra. “Trate de acordarse de alguna historia para que me cuente mientras hago este trabajo tan importante”, agrega sonriendo.

—“Realmente hoy se me cerró el historiadero”, dice Miguel Angel.

El pavo, dormido tras el fogón desde la hora del desayuno, ha salido de su escondite y se ha puesto a picotear la silla de Jaime.

—“Y de dónde salió este pavo?” pregunta Jaime abriendo los ojos desmesuradamente.

—“Ah, ese es un pavo de Navidad”, dice Miguel Angel inocentemente.

—“Claro que es un pavo de Navidad”, asiente Jaime. “Pero de dónde salió? La puerta está cerrada”.

—“Debe ser un pavo que se escapó de alguna casa para que no lo prepararan con relleno y todo para el venticuatro”.

—“Ah! O sea que es un pavo fugitivo. Como en los programas de televisión”. Dice Jaime poniendo cara de sheriff. “BANG BANG MANOS ARRIBA”.

—“Déjalo tranquilo Jaime. El pobrecito debe estar muerto del miedo”.

—“Mejor que esté muerto del miedo y no muerto y asado al horno... Por qué la gente come pavo durante la Navidad? Habiendo tantos animales en el mundo, por qué les tocó a los pobres pavos la mala suerte de tener que morir para que nosotros celebráramos la Navidad?”

—“Ahora que mencionas eso, acabo de acordarme de una historia acerca de los pavos navideños” dice Miguel Angel.

—“A ver, soy todo oídos”.

—“El personaje principal de la historia”, comienza Miguel Angel, “es un hombre llamado Marten Luco. Un mendigo que vivió hace muchos años, por allá en el mil doscientos y pico...”

—“O sea, hace setecientos años y pico”, interrumpe Jaime.

—“Exacto”, asiente Miguel Angel. “Eres un genio para las matemáticas. Bueno, Marten pedía limosna a la salida de la iglesia en un pueblito...”

—“Cómo se llamaba el pueblito?” pregunta Jaime.

—“No me acuerdo. Ya te dije que tenía el historiadero cerrado. Digamos que se llamaba Rosquil...”

—“No, ese nombre no me gusta. Digamos que el pueblito se llamaba Dinde”.

—“Bien. Dinde...”, dice Miguel Angel sin tener cara de estar de acuerdo. “Estábamos en que Marten Luco vivió hace setecientos años y pedía limosna frente a la iglesia”.

—“Exacto”, aprueba Jaime. “Qué más?”

—“Dime tú. Qué crees que sigue ahora?” Pregunta Miguel Angel.

—“Pues... Una de dos, Marten Luco era muy envidioso, o tenía muy buen corazón”, dice Jaime. “Eso es lo que sucede en todos los cuentos”.

—“De acuerdo”, asiente Miguel Angel. “Con la diferencia de que ésto no es cuento sino una historia que pasó realmente, en un país lejano.

Pero estabas en lo cierto. El señor Luco tenía un buen corazón. Tan buen corazón que los niños del pueblito decían que Marten Luco era realmente un ángel...”

—“Un ángel? Imposible!” Interrumpe Jaime.

—“Eso decían... Yo que puedo hacer?”

—“Bien. Siga por favor”.

—“Eso es exactamente lo que estoy tratando de hacer pero tú me

interrumpes en cada frase”, se queja Miguel Angel.

—“Prometo no volver a interrumpir, señor”.

—“Eso está mejor... Toda la gente del pueblo respetaba y quería mucho a Marten. Por su parte, él prefería pasar todo su tiempo libre con los animales del campo”.

—“Y qué hacía con los animales?” Interrumpe Jaime una vez más.

—“Pues...” Miguel Angel titubea..

—“Conversaba con ellos?” dice Jaime como para ayudarle.

—“Exacto. Conversaba con ellos. Pero no me interrumpas más que pierdo el hilo...”

—“Lo que está perdiendo señor, es la memoria”, corta Jaime.

—“En fin”, dice Miguel Angel tratando de continuar, “Marten pasaba todo su tiempo libre con los patos, los conejos, las gallinas, las zorras... eh...”

—“Los pollos”, dice Jaime. “Las cucarachas, las vacas, los tigres, los elefantes, los loros...”

—“No. En Dinde no había tigres, elefantes ni loros”, dice Miguel Angel enfáticamente.

—“Zebras, camellos, ratas?” pregunta Jaime.

—“Ratas tal vez. Te digo que no me interrumpas más”.

—“Quién está interrumpiendo?” dice Jaime tranquilamente. “Y no había pavos?”

—“Exactamente, para allá vamos. Sí había pavos. Pero a Marten Luco los pavos le parecían muy engreídos y siempre trataba de evitarlos”.

—“Qué significa engreídos?” pregunta Jaime.

—“Algo así como creídos. Se dan aires de ser más elegantes que todos los otros animales”.

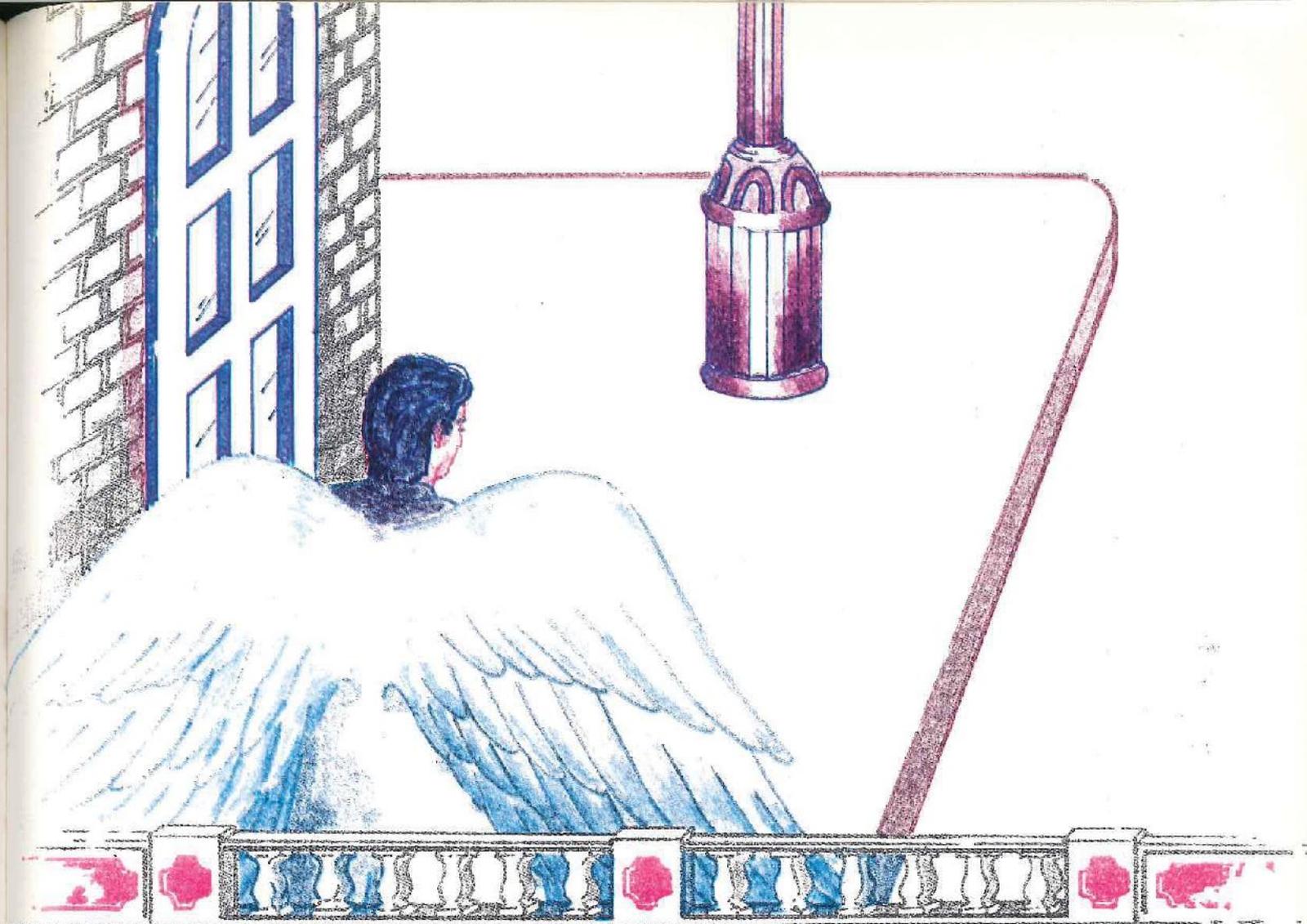
—“Este”, dice Jaime señalando el pavo que sigue picoteando la silla, “no tiene aires de gran cosa...”

—“Ese pobre debe haber visto el fondo de la olla...”

—“Y una que otra fruta del relleno”, agrega Jaime un tanto malévolamente.

“Como iba diciendo. Marten Luco no gustaba de los pavos, y por su parte los pavos le tenían rabia. Un día sucedió que el obispo del pueblito de Dinde se murió de pulmonía...”

- “Pulmonía?” inquires Jaime.
- “Sí. Pulmonía. Una pulmonía de raza mandaca”.
- “Raza mandaca?” pregunta Jaime de nuevo.
- “Como quien dice una pulmonía doble, enorme, malísima, terrible, septentrional, de abracadabra, super...”
- “Ah. Una super pulmonía. Ya entiendo”, dice Jaime.
- “Todos los habitantes de Dinde se reunieron en la plaza y decidieron nombrar a Marten Luco como nuevo obispo. Cuando Marten escuchó ésto salió corriendo a esconderse pues no quería ser obispo. Lo que a él le gustaba era pedir limosna y conversar con los animales...”
- “Así la vida es muy fácil”, dice Jaime.
- “No creas. En fin... Marten corrió a esconderse bajo una pila de heno...”
- “Pila de heno?” pregunta Jaime.
- “Sí. Un cerro de paja. Allí los campesinos recolectaban paja durante el verano y la apilaban en montañitas para que las vacas tuvieran qué comer durante el invierno”.
- “Y por qué no les daban pasto fresco?”
- “Porque durante el invierno cae nieve y el pasto se quema del frío”.
- “Mmm”, murmura Jaime acordándose del juego de dados. Se le ocurre que el jugador de Dinde debe tener una suerte malísima.
- “Los ciudadanos”, continúa Miguel Angel, “salieron a buscar a Marten pero no lograron encontrarlo...”
- “Claro”, asiente Jaime. “Si no buscaban en la pila de heno no podían encontrarlo... Qué pasó entonces?”
- “Lo que pasó fue que los pavos, para vengarse de Marten Luco se pusieron a picotear y a hacer escándalo junto a la paja...”
- “Ajá”, asiente Jaime. “Y qué pasó?”
- “La gente fué a ver qué era lo que estaba sucediendo y claro al fin encontraron a Marten”.
- “Qué tal, ah?” apunta Jaime.
- “Al pobre no le quedó más remedio que aceptar el puesto de obispo de la ciudad. Trabajo que no le gustaba mucho pero que llevó a cabo muy bien, tanto que pasó a la historia”.
- “Y qué sucedió con los pavos?” pregunta Jaime.
- “Esa es la parte más interesante del cuento. Los ciudadanos de



Dinde para hacer honor al nuevo obispo y vengarlo de los pavos, acordaron comerse una de esas aves cada año, en la fecha en que Marten Luço se convirtió en obispo”.

—“En qué día cae?” pregunta Jaime.

—“Casualmente, coincide con nuestra Navidad”.

—“Increíble... Es una historia muy linda!” exclama Jaime mientras se pone a mirar el pavo que picotea intensamente.

—“Como quien dice”, agrega al rato, “este animal no es sólo un fugitivo sino que también es un delator”.

—“Pues sí”. Asiente Miguel Angel.

—“BANG BANG. MANOS ARRIBA PAVO DELATOR Y FUGITIVO”, exclama Jaime.

—“Manos arriba?” pregunta Miguel Angel.

—“Ah, no! BANG BANG. ALAS ARRIBA!”

—“Déjalo tranquilo, el pobrecito se está poniendo nervioso. Creo que lo mejor es que lo llevemos de vuelta al campo y lo dejemos en una finca...”

—“Donde nos aseguren”, agrega Jaime, “que no lo cocinarán para el veinticuatro”.

—“Exacto. Así tal vez este pavo encuentre a alguna persona bajo una pila de heno”.

—“O entre un matorral, ya que en Colombia el clima es tan bueno que no se necesita recoger heno para el invierno...” termina Jaime, acariciando las plumas del animal.

Jaime y Miguel Angel pintan muchas láminas ese día. Les ponen cielos tan bonitos y soles tan brillantes que en toda Colombia y gran parte de Sur América el firmamento se ilumina con un resplandor maravilloso.

—“Ahora tenemos que pintar cuadros con atardeceres”, dice Miguel Angel a eso de las seis de la tarde.

—“Y eso por qué?” pregunta Jaime.

—“El sol no se ocultará mientras sigamos pintando con estos colores tan bonitos. Ya es hora de comenzar a oscurecer el cielo para que llegue la noche”.

—“De acuerdo”, contesta Jaime mojando su pincel en la pintura negra.

—“Aquí viene la oscuridad”.

Por medio de seis o siete trazos, Jaime pinta el fondo de la lámina de negro. Inmediatamente el sol se oculta tras el horizonte de la Sabana de Bogotá.

—“No tan rápido!” exclama Miguel Angel.

—“Pues ya quedó”, dice Jaime sonriendo.

—“Ojalá la oscuridad no haya cogido a nadie desprevenido por la calle”.

—“A algún ángel volando por ahí, tal vez...” dice Jaime.

—“Quién sabe”.

—“En el sueño que tuve anoche había un señor que enviaba ángeles a la tierra...”

—“Ah, sí?” dice Miguel Angel muy serio. “Qué sueño tan raro. Y a qué venían los ángeles?”

—“No sé, me imagino que a investigar...” contesta Jaime.

—“A investigar qué?”

—“No sé. Todo. Tal vez toman fotos y escriben en un cuadernito”.

—“Sí, de pronto”, asiente Miguel Angel.

El cielo se ha pintado todo de negro. La luna se dibuja en lo alto, las estrellas aparecen como manchitas de esmalte plateado. Jaime se acuesta a dormir con el olor de la pintura de las láminas aún húmedas, entrando por sus narices.

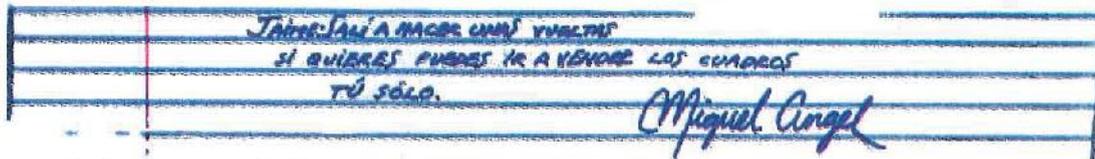
En su sueño siente los olores de la ciudad: El humo de los carros, el aceite de los chorizos, una que otra flor nacida en las calles llenas de escombros. De pronto le llega un aroma desconocido. Como de tierra lunar. Es un ángel que viene caminando por su misma acera. Viste un traje gris, camisa blanca y corbata azul oscura. Unas grandes alas de plumas salen de su espalda. Jaime se le acerca disimuladamente. El aroma se hace tan intenso que por un momento cree estar parado en algún cráter de la luna, aspirando todas las variedades de roca y polvo de su superficie. Piiiiiii. La bocina de un bus lo trae rápidamente a la realidad de la calle congestionada. El ángel va tomando apuntes en una libretica azul clara. Está tan distraído, mirando de lado a lado, que no se da cuenta de que sus alas ocupan todo el andén. Los transeúntes que quieren pasar tienen que agacharse o botarse a la calle con peligro de sus vidas. El ángel se parece mucho a Miguel Angel y Jaime comienza a seguirlo a ver si de pronto también tiene una venta de cuadros. Pasan frente a una vitrina con un gran espejo. El ángel se detiene. Jaime también. De su bolsillo, el ángel saca una peinilla y se devuelve unos pasos. El espejo no refleja su imagen. Jaime comienza a reír, pero el ángel está bastante preocupado tratando de coger el espejo desprevenido, escondiéndose y poniéndose rápidamente frente a la vitrina. Una gran multitud se empieza a reunir. El ángel se pone rojo de la vergüenza, pero aún así el espejo no lo refleja. A Jaime le da mucha lástima el pobre ángel rodeado de tanta gente y sin saber qué hacer. Se le acerca un poco más para tomarlo de la mano y sacarlo de entre la multitud. Pero en el momento de estirar el brazo para alcanzarlo, siente una leve corriente eléctrica y apenas tiene tiempo de dar un brinco hacia atrás. El ángel, luego de una pequeña explosión como de pólvora navideña, se desvanece dentro de una columna de humo. Sólo quedan unas plumas medio quemadas sobre el andén. —“Qué ángel tan divertido”, piensa Jaime. “Es exacto a Miguel Angel. Igual de distraído también...”





La primera cosa que Jaime decide cuando se despierta es que tiene que fijarse a ver si Miguel Angel se refleja en los espejos. Pero éste ya ha salido. En todo caso Jaime se pone a buscar un espejo. Desordena todo el cuarto pero no encuentra nada, ni siquiera una superficie brillante o metálica que pudiera servir para mirarse. —“Qué tan raro”, piensa, “ni siquiera hay cucharas... Si Miguel Angel es realmente un ángel, está tomando todas las precauciones para que nadie lo descubra...”

Lo que sí encuentra es una nota desplegada sobre la mesa:



Jaime arregla los cuadros en la maleta, se peina con agua y todo y sale a la calle. Se instala en la esquina y se pone a lanzar los chillidos que tantos clientes atraen. Le compra una mazorca a la vecina para compensarla por aquella del robo. Por la mañana vende tres cuadros, dos de los cuales habían sido pintados por él. Unas monjitas compran cuatro cuadritos por la tarde. —“Para poner en los salones de clase”, dicen.

Cuando comienza a anochecer guarda los cuadros en el maletín y luego de despedirse muy amablemente de la señora de las mazorcas se para frente a la vitrina del almacén dónde se exhibe la caja de colores que le gustaría tener. Cuenta los setenta y dos colores, uno por uno, lentamente imaginándose cada vez para qué los usaría. —“El azul 163 para pintar el cielo. El rojo 255 para la nariz de un payaso. El azul 165 para las olas del mar. Y los verdes 234 y 238 para la selva”.

La noche bogotana parece pintada con negro 001. Está oscuro cuando Jaime llega a la habitación. Miguel Angel no ha aparecido. Decide entonces ponerse a colorear más imágenes, pero no puede encontrar las láminas. Descuelga la foto de la novia de Miguel Angel de la pared, la saca del marco y la extiende sobre la mesa. Le pone alas azules, florecitas amarillas en el pelo, un vestido rosado con rayitas doradas y un fondo de nubes blancas. Una vez que ha terminado enmarca la lámina nuevamente y la mete en la maleta junto con los demás ángeles. Justo en ese momento

Miguel Angel regresa. Si Jaime hubiera estado mirando para el lado opuesto, habría visto que Miguel Angel no había entrado por la puerta sino que había atravesado la pared como si fuera de aire.

—“Qué susto me metió señor!” grita Jaime. “No lo oí abrir la puerta”.

—“No? Qué raro!” contesta Miguel Angel con una sonrisa torcida.

“Quieres ir al cine?... No, tal vez está muy tarde para salir ahora”.

Miguel Angel siempre encuentra muy difícil tomar lo que él llama ‘grandes decisiones’, como ir al cine o resolver si pide té o café.

—“Francamente no sé”, continúa Miguel Angel su monólogo. “Por un lado está muy tarde y hace mucho frío afuera, por otro están dando una película muy buena. Pero entonces nos costaría trabajo levantarnos mañana temprano... Claro que sería divertido ir al cine...”

Jaime no ha escuchado nada de esto, sino que se ha puesto su gorra y su chaqueta y ha salido al corredor. Cuando Miguel Angel termina su charla se da cuenta de que Jaime se ha ido y corre a alcanzarlo.

Ven una película de vaqueros con mucho tiro. Miguel Angel se marea un poco con el olor a pólvora.

—“Me gustó mucho la parte donde los vaqueros peleaban en el poblado...” dice Jaime al salir.

—“Terrible” opina Miguel Angel. “Yo nunca había visto una película con tantos muertos. Con razón el título es “Tiros en la Pipa y Humo en la Frente”.

—“No!” exclama Jaime. “Se llamaba ‘Tiros en el Frente y Humo en la Pipa’. La pipa es la pipa de la paz que los indios fuman con los vaqueros, no la barriga como dicen por ahí”.

Luego de caminar un rato entran a una cafetería iluminada con luz de neón y llena de mesas y sillas metálicas. Jaime pide tres pasteles bien diferentes, un yogur y una bebida. Miguel Angel, después de dudar mucho entre té y café, se decide por un vaso de agua. Jaime ataca los pasteles con manos y dientes. Muerde una fresa, pellizca la cubierta de caramelo, se llena la boca de crema. Miguel Angel observa los azucarados gustos de Jaime con ojos incrédulos. Finalmente opta por ponerse las gafas negras.

—“Y esos anteojos?” Pregunta Jaime.

—“Es toda esta horrible luz de neón. Deberían poner una luz más suave en estos sitios, para que no parezcan hospitales o qué se yo. Velas sería

muy bonito...”

—“Si pero con velas puede haber un incendio señor... Mi mamá nunca me dejaba jugar con velas ni con fósforos”.

—“Me parece muy bien. A propósito, hoy hablé con tu mamá por teléfono”.

—“Con mi mamá?” dice Jaime untándose dulce rojo junto al ojo. “Cómo averiguó el teléfono?”

Miguel Angel pone cara angelical, mira al cielo.

—“Eso es secreto. En todo caso quedé con ella en que tu volverías después de la Navidad. Te compré un tiquete para el bus del 25”.

—“Ni hablar, señor”, dice Jaime con natilla en la mejilla.

—“Me dijo que le hacías mucha falta y que estaba muy preocupada por tí”.

—“No le creo, señor”. Dice Jaime llenándose de caramelo la oreja y el pelo.

—“Te digo que es verdad, Jaime. Hasta lloró y todo”.

—“Ah, pero como llorar es casi lo mismo que reír, no vale”. Contesta Jaime con jalea que le chorrea.

—“Tan avisado, no? Te vas el 25 en todo caso”.

—“Digamos que el 31, señor”.

—“El 25. Y límpiame la cara que estás hecho un desastre”.

—“Me voy el 30”.

—“El 25”, insiste Miguel Angel.

—“El 29”.

—“El 25”.

—“El 28”.

—“El 25”.

—“El 27”.

—“El 25”.

—“El 26”.

—“El 25”.

—“Está bien, el 25”.

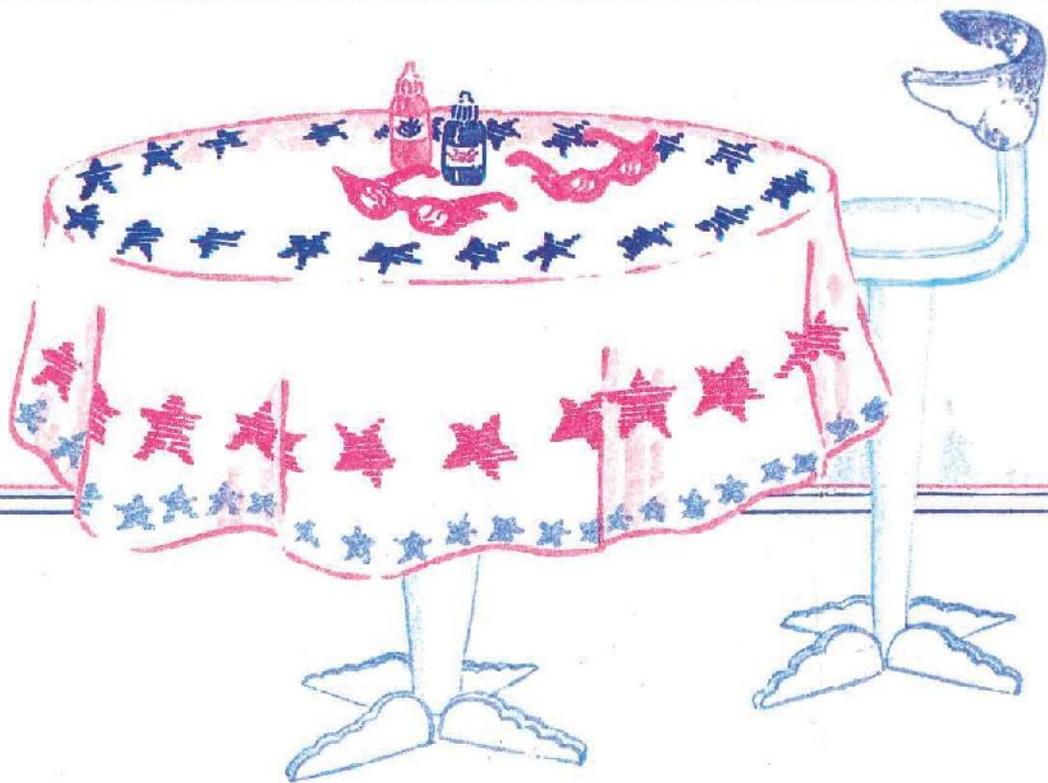
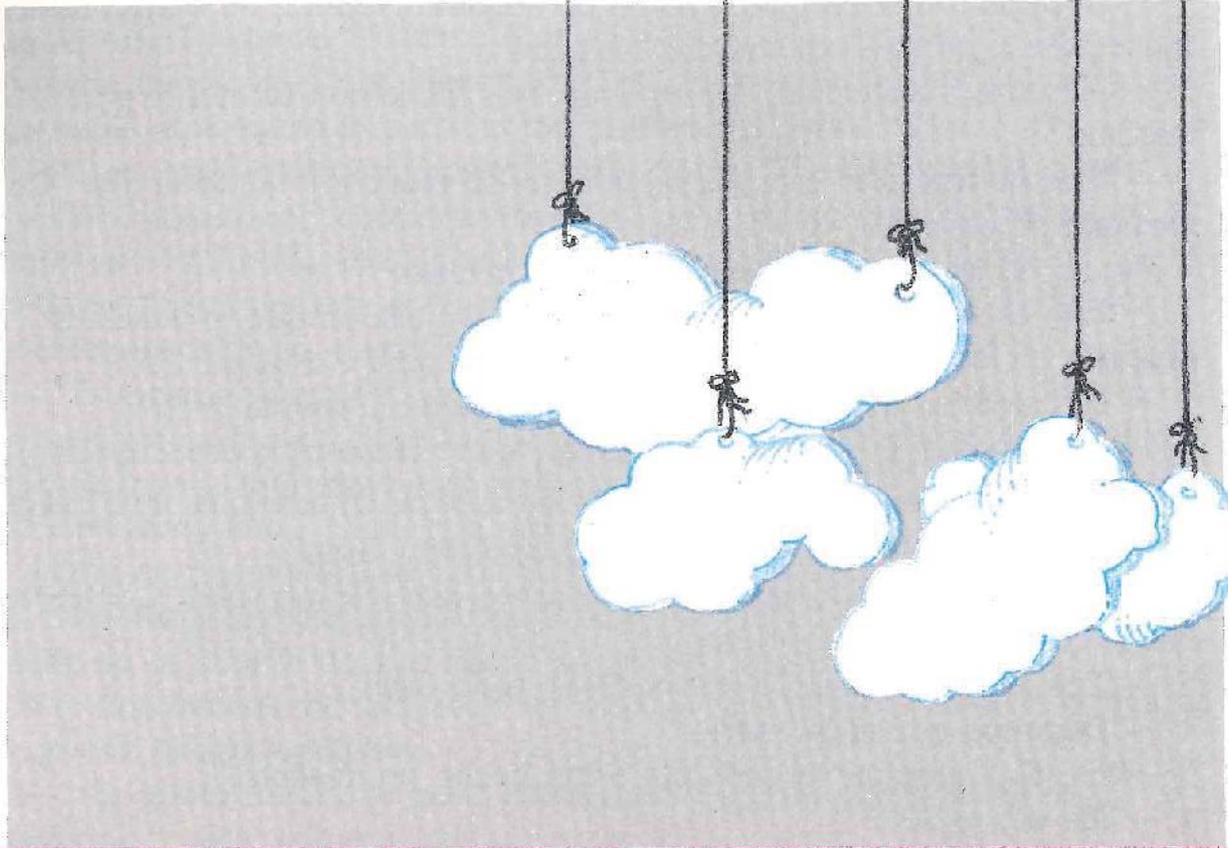
—“El 25”, repite Miguel Angel distraídamente.

—“Si, ya dije que me voy el 25”, dice Jaime. “Nos podemos ir ahora, ya me comí todo”.

—“El 25”, dice Miguel Angel una vez más.

—“Se le rayó el disco. Le voy a quitar las gafas a ver”.

—“El veinticincoooooo”, termina Miguel Angel como si fuera un tocadiscos desconectado repentinamente por Jaime.





Jaime se va a vender los cuadros solo ya que Miguel Angel ha salido al amanecer. Cuando se sienta en el bus se pone a pensar en lo raras que son esas salidas tan tempranas de Miguel Angel: “De pronto es un ángel, o está metido en quién sabe qué líos. Nada raro que salga a tomar apuntes en su libreta por las calles de la ciudad. Y las plumas? Todos los días encuentro una que otra pluma en la habitación. De dónde saldrán?” Aunque Miguel Angel hubiera tratado de embaucarlo, está seguro de que lo que se asomaba bajo la chaqueta era una pata de pollo. “Y el pavo que lleva dos días picoteando las patas de la mesa?... Quién sabe de dónde habrá salido... Y además, tan raro que no hay ni un sólo espejo en todo el cuarto!”

Jaime vende cinco cuadros ese día, incluyendo la foto de la novia de Miguel Angel, vestida de rosado y con alas.

De vuelta, ya por la noche, se queda mirando la vitrina de una pizzería. Un cocinero con un gran gorro blanco está haciendo spaghetti. Al llegar a casa alista todos los ingredientes necesarios, saca un libro de cocina y lo abre en “Spaghetti Bolognesa”. Mete las manos en la harina mojada y comienza. “Ojalá Miguel Angel no llegue y me agarre con las manos en la masa”, piensa Jaime sonriendo para sus adentros. Pero no es tan fácil como se veía en la vitrina del restaurante. Trata de cortar la masa con unas tijeras pero todo se vuelve un masacote horrible. “Lo que me falta es un gorro de cocinero”. Se pone una funda de almohada en la cabeza y repite la operación de amasar y cortar con las tijeras. Sin buenos resultados. Decide entonces intentar a ver si le sale la salsa. “Al menos no hay que cortarla en tiritas”. Le queda bastante bien. Al terminar se sienta en la cama y se pone a leer aventuras de “Superman”. Al levantar la vista para pasar la página, ve la masa de harina cruda sobre la mesa. Le parece un trozo de Kriptonita, la piedra rara que le quita los poderes a Superman. “Mejor la boto a la caneca”, murmura al levantarse y no ve cuando Miguel Angel entra atravesando la pared.

—“Tuve un día terrible”, exclama Miguel Angel.

—“Ay!” grita Jaime tapando la caneca de un golpe. “Por donde entró?”

—“Pues por la puerta”, contesta Miguel Angel con su sonrisa torcida. “O es que crees que puedo atravesar paredes?”

—“Pues a veces pienso que tal vez sí... No sé. Bueno yo estaba haciendo spaghetti con salsa de carne, mire”.

—“A ver, muéstrame”, dice Miguel Angel acercándose al fogón. Jaime levanta la tapa de la olla y le muestra la salsa.

—“Huele muy bien, no? Pero los spaghetti no me salieron, quedaron todos enredados... Además parecían un pedazo de Kryptonita. Yo los boté a la caneca”.

—“Kryptonita?” pregunta Miguel Angel asombrado.

—“Sí, Kryptonita”, asegura Jaime.

—“Ah bueno”, dice Miguel Angel aún confuso. “Lo que podemos hacer entonces es usar la salsa y mirar los spaghetti en la lámina del libro de cocina”.

—“Y cree que sabrá bien?”

—“Claro”, dice Miguel Angel sentándose a la mesa. “Eso es lo que los ángeles hacen. Ellos únicamente miran la comida y con eso quedan alimentados”.

—“Y cuando les da indigestión se ponen unas gafas negras para que no entre nada?”

—“Exacto”, afirma Miguel Angel.

—“Entonces sería muy mal negocio poner un restaurante para ángeles...”

—“A menos que cobres por mirar...” replica Miguel Angel. “Y la foto? Dónde está la foto de mi novia? dice mientras mira la pared vacía”.

—“Ah, esa la pinté y la vendí esta tarde” contesta Jaime. “Me dieron seiscientos pesos y con la plata compré un billete de lotería”.

—“Vendiste la... foto?” dice Miguel Angel len... ta... men... te. —“Y compraste un billete? Pero es que estás loco, no te funciona el cerebro, o qué?”

Jaime dice “yo no sabía...” tan pasito que no se alcanza a oír.

—“Chino imbécil”, grita Miguel Angel. “Pero cómo se te ocurre. Una lotería...”

—“Yo no sabía”, replica Jaime aún más pasito que antes. “Además no me gustaba que le dedicara tanto tiempo”.

—“Tanto tiempo? De qué hablas?”

—“Todas las mañanas la miraba mientras se afeitaba”.

—“Por Dios, Jaime!”

—“Me recuerda a mi mamá que mira revistas mientras me habla”. Jaime

cambia el tono de voz, tratando de contentar a Miguel Angel: "De pronto nos ganamos la lotería señor, la plata es suya".

—“No más”, grita Miguel Angel. Empuja la mesa, se levanta, tumba la silla, agarra la chaqueta. Sale y tira la puerta.

Jaime se acuesta muy triste. Lloro hasta quedar dormido y sueña lo siguiente:

Con su gorro de cocinero está sentado tras el mostrador de la “LA LAMINA SUCULENTA”, una cafetería para ángeles. El restaurante está decorado con  de cartón que cuelgan.

Las paredes, el techo y el piso están pintados de azul claro. Todos los muebles son blancos. Hay manteles rosados con estrellitas blancas. Sobre las mesas hay pares de anteojos oscuros y botellitas de colirio. En el mostrador hay toda clase de dibujos de comida con el precio marcado. Un ángel señala un plato de pavo y unas zanahorias. Jaime le entrega las láminas correspondientes y recibe la plata. Pero la plata no son billetes comunes y corrientes sino trozos de piedra lunar. Las bebidas hay que pagarlas con granos de la Vía Láctea. La registradora es dorada y adentro tiene compartimentos para piedras y granos, Jaime se esmera en que no se le revuelvan los dos. El ángel va a sentarse en una mesa donde ya hay otros ángeles mirando láminas. Algunos parpadean como relamiéndose. El ángel del pavo codea a su vecina para que le pase el “salero”, ella está haciendo unos bizcos terribles sobre una lasagna, pero finalmente alcanza la sal. El ángel entonces mueve la cartulina con el dibujo del salero sobre el pavo y comienza a comerse el plato con los ojos. La vecina termina su lasagna, voltea el cartoncito sobre la mesa, coge la servilleta y se limpia los párpados. Luego se echa colirio como digestivo. Un ángel muy gordo usa un telescopio para poder comer más. Hay una pareja de ángeles en dieta, ambos con anteojos oscuros. Pero ella hace trampa y le echa miraditas tiernas al postre del vecino. Este no se explica cómo es que el helado de chocolate se le está “acabando” tan rápido... A un ángel ciego le susurran las descripciones al oído.

Jaime observa todo ésto mientras se come una jugosa hamburguesa llena de salsa que le rueda por la mandíbula.

Cuando es hora de cerrar simplemente apaga la luz.





Jaime se despierta con los primeros rayos del sol que entran por la ventana. Miguel Angel se está afeitando, un tanto incómodo, ya que a falta de la foto de la novia, no sabe para donde mirar ni como pararse. Se corta con la cuchilla.

—“AY”, grita. “Por un billete de lotería!”

—“De pronto gana!” exclama Jaime.

—“Hay cosas más importantes que la plata, niño”, dice Miguel Angel con un bigote de sangre. “Creo que me voy a desangrar de la tristeza...”

—“De la cortada, más bien”, corrige Jaime.

—“Un día aprenderás las cosas que son realmente importantes”, dice Miguel Angel. “Esperemos que no sea muy tarde...”

—“Pero no dijo que la novia lo había dejado?” pregunta Jaime.

—“De eso no se habla”, dice Miguel Angel terminantemente.

—“Se acabó la leche”, observa Jaime al abrir la nevera.

—“Hay una botella sobre la mesa”, contesta Miguel Angel haciendo uno de sus gestos.

—“Vé, sí”, exclama Jaime.

Una vaca comienza a mugir en el corredor. Miguel Angel, siempre muy inseguro de sus dotes mágicas, corre a abrir la puerta. Hace un gesto y la vaca desaparece, pero también desaparece la puerta de la habitación de la vecina. Esta lanza un grito. Miguel Angel hace otro ademán. La puerta vuelve a quedar en su lugar. Entra muy nervioso, le sonríe tímidamente a Jaime, se toca la frente sudorosa, un nuevo hilito de sangre comienza a salir de la herida que se hizo al afeitarse.

—“Qué estaba haciendo?” pregunta Jaime. “Parecía que hubiera una vaca en el corredor”.

—“En el corredor no hay vaca”, contesta Miguel Angel secamente.

—“Esta leche está cortada”, comenta Jaime al servirla en las tazas. Miguel Angel se queda callado.

—“Yo creo que la leche se puso agria porque usted está agrio. Y...”

el otro día usted me enseñó que cuando uno pinta, se pone contento y entonces el mundo se arregla un poquito. Pues ahora yo le digo que cuando usted se pone bravo, el mundo se daña”.

Miguel Angel vuelve a quedarse callado pues sabe que Jaime está en lo cierto.

—“Y límpiese esa sangre que está hecho un desastre”, continúa Jaime.

“Además tiene espuma de afeitar en las orejas y la camisa que se puso está demasiado arrugada!”

El pavo, aquel producto de otro de los trucos, un tanto inciertos del artista, aprovecha el regaño que Jaime le da a Miguel Angel para salir de su rincón tras la estufa y ponerse a picotear una silla.

—“Cuando terminemos el desayuno”, dice Miguel Angel finalmente, “tomaremos un bus para llevar este pavo a una finca que yo conozco en la Sabana”.

—“Me parece muy bien”, contesta Jaime secamente, imitando a Miguel Angel. Este no tiene más remedio que reírse.

Se montan en un bus destartado, lleno de gente endomingada. Jaime sube los pies sobre un canasto y acomoda el pavo en un rincón junto a la ventana. A lado y lado de la carretera hay caballos y vacas espantando moscas con la cola. Los árboles pasan rápidamente por las ventanas del bus. El pavo trata vanamente de picotear uno que otro eucalipto. Sólo consigue estropearse el pico contra el vidrio. Finalmente se duerme como sólo los pavos saben hacerlo: pavamente.

Miguel Angel toca el timbre antes de llegar a un pueblito construido contra la ladera de una montaña. El bus para a pocos metros de la entrada de una finca. A Jaime comienza a darle tristeza tener que despedirse del pavo. Piensa que le va a hacer falta el continuo picoteo del animal, ya sea tras la estufa o bajo la mesa de comer.

El dueño de la finca, un viejo de largas barbas blancas, es amigo de Miguel Angel. Mientras los dos conversan, Jaime observa detenidamente, sus movimientos y su modo de hablar le recuerdan al viejito del cuento de la niña y el collar de plástico.

—“Menos mal. Así el pavo quedará en buenas manos”, murmura Jaime al entregarle el animal.

—“No te preocupes”, le dice el viejo, “yo no como carne de ninguna clase”.

—“Sí claro, sólo arepa, chocolate y miel”, dice Jaime acordándose del desayuno del viejito en el cuento.

—“Y tú cómo sabes? pregunta el de las barbas blancas.

—“Ah”, contesta Jaime.

Se despiden del viejo y del pavo y caminan hasta la plaza del pueblo. Es día de mercado. Hay ventas de toda clase de vegetales, granos y carnes. Panelitas de leche, masato, bizcochos. Venden de todo, hasta unas figuritas hechas de azúcar rosada. Miguel Angel comienza a poner cara de estar enfermo.

—“Se siente bien señor? pregunta Jaime.

—“Sí, es sólo algo en el estómago”, dice mientras se pone las gafas negras.

—“Se indigestó mirando tanta comida, o qué?”

—“Qué tal!” exclama Miguel Angel nerviosamente. “Más bien entremos a la iglesia”.

Al entrar a la iglesia, el pintor le señala unos cuadros en la pared. Son pinturas, como de dos metros de alto, en las que hay ángeles con casco, espada y unas alitas pequeñas que les salen de los hombros.

—“Mira esos cuadros. No parece como si los ángeles estuvieran jugando al fútbol?” Pregunta Miguel Angel.

—“Mmm”.

—“Mira”, continúa Miguel Angel. “Este está haciendo un pase, sólo le falta el balón”.

—“Sí, tal vez”, asiente Jaime que mientras más mira los cuadros más le parece que evidentemente, los ángeles parecen estar en un partido de fútbol...

—“Ese parece pateando”, dice Jaime. “Y aquél es el portero... y mira la defensa”.

Recorren la iglesia lentamente, mirando todos los cuadros, hasta que vuelven a salir a la plaza. Adentro quedan los ángeles jugando al fútbol silencioso. Sin balón.

En el mercado Jaime compra dos mantecadas y un vaso de masato. Se sienta en una mesita de madera. En la calle cercana hay un partido de fútbol entre un equipo de tres niñas y uno de cinco niños. Uno de los niños mete un gol y grita:

—“Dos a cero, ganando el equipo de hoombres! Mejor que ustedes se vayan a jugar con sus muñeecas”.

Jaime observa el juego mientras engulle una mantecada.

—“Tendrán las mismas reglas para jugar al fútbol los ángeles?”

—“No creo”, responde Miguel Angel. “Como no les importa quien gane no juegan con dos equipos sino todos contra todos”.

—“Verdad? Y qué más?”

Pero Miguel Angel no responde. Está muy ocupado haciendo gestos y guiños para que las chiquillas metan goles y ganen el partido.

—“Gool!” gritan las niñas entusiasmadas.

—“Vió señor?” exclama Jaime. “Esa niñita de apenas cinco años dió una patada increíble que mandó el balón derechito a la portería”.

—“Qué tal? No quieres otra mantecada? Ve a comprarla que yo espero aquí”.

Miguel Angel aprovecha la ida de Jaime para efectuar otro maravilloso gol contra el equipo de niños.

—“Vió ese otro gol?” Pregunta Jaime al regresar. “Parece como si los ángeles les estuvieran ayudando a las niñas. A lo mejor están escondidos detrás de una nube mirando y soplando para desviar el balón. Hasta fácil debe ser”.

Jaime se pone a soplar cuando una niñita se cuadra para patear el balón. Con dos o tres guiños de Miguel Angel, la patada se convierte en el tercer gol espectacular de la tarde.

—“Gool Gool! Ganamos nosotras”, gritan las niñas.

Jaime pone cara de broma y dice “No estuve nada mal, eh?”

—“No, no, muy bien”, afirma Miguel Angel.

De regreso en el bus, Jaime se duerme con la cabeza sobre las rodillas de Miguel Angel, éste se queda quieto como un espantapájaros para no ir a despertarlo.

Sueña que es el árbitro en un gran estadio donde se juega un hermoso partido de fútbol entre ángeles. Es uno de los árbitros más famosos del mundo, pero aún así, le es muy difícil mantener el orden de un partido de ángeles. Para comenzar no hay dos equipos sino que cada ángel juega por su lado, con un uniforme diferente. Algunos tienen pantalón corto, pero otros han optado por ponerse túnicas deportivas, vestidos de tul, capas de estrellas titilantes, gorros de luz estelar, y otros atuendos que se ven un poco carnavalescos. Si a todo esto se le suman las alas de enormes plumas blancas, es fácil entender los aprietos del árbitro. Hay un total de sesenta balones volando en todas direcciones, lo cual hace que el número

de goles sea bastante alto. El principal problema de Jaime es tratar de llevar la cuenta del marcador. Al finalizar el primer tiempo éste era:

23-34-55-2-345-70-22-13-1987-89-0-  
335-54-10-15-61-144-810-9-200-1987  
-25678.

Situación que obviamente mantiene ocupados a los porteros, quienes tratan inútilmente de defender el arco escondiéndose detrás de las arpas que tocan cuando no tienen nada que hacer.

El árbitro trata de descalificar a un portero que rompe el arpa en la cabeza de un delantero. Pero como amenaza con desinflar todos los balones y convertir a Jaime en un sapo, las cosas no llegan a nada.

El segundo tiempo se desarrolla sin mayores dificultades a excepción de:

1º Varios estrellones en los que vuelan plumas para todos lados.  
2º El jugador, que por vengarse de una falta que le pita Jaime, convierte el silbato en una banana espichada.

3º Los treinta y cinco balones que uno de los defensas transforma en gatos de uñas largas.

4º Los treinta y cinco gatos de uñas largas que destrozan el uniforme de Jaime.

5º El delantero que se empeña en llenar la cancha de Greda Venusina para que los demás jugadores se resbalen.

6º El desplumamiento general con motivo de una gran alharaca ocasionada cuando un portero amarra cuerdas de arpa en la portería para que no le metan goles. Jaime decide no intervenir en este altercado ya que el sonido de los balones rebotando contra las cuerdas se le hace muy bonito.

El marcador es de:

45-56-77-2-456-700-567-444-23456-7689-11  
567-8999-10000-1800-66-98766-765-9-400000-1988  
-55678.

O tal vez de:

46-560-88-2-456-1700-568-555-65432-6789-1111-  
568-9000-8900-6000-98755-987-10-4000000-1988-1800  
55677 1/2.

Jaime termina por confundirse un poco al final...





Jaime se desayuna solo. Mira el calendario de la pared donde se ve un gran 24 en números rojos y debajo un Diciembre en letras negras.

—“Y no le tengo un regalo a Miguel Angel todavía”, piensa. Se pone a cantar un villancico, pero se le enreda la letra, además se le hace muy raro que los Reyes Magos traigan cosas como incienso, que debe ser un olor muy fuerte para un bebé recién nacido. Al volver a meter la leche en la nevera encuentra una caja que no había visto antes. Está llena de láminas de comida.

—“Pues si por aquí hay un ángel”, dice, “seguramente no se está muriendo de hambre. Aquí hay de todo, sopas, postres, varias carnes, ensaladas, hasta una pizza: los tomates y las sardinas se ven realmente apetitosos”. Luego se pone su gorra y la chaqueta y se va al centro decidido a comprar la colección de discos de Gardel, el del pelo engominado, para Miguel Angel.

En la disquería están tocando un villancico a todo volumen. Se tapa los oídos para que no se le revienten. Una vendedora vestida de amarillo chillón, con el pelo igualmente amarillo y los labios fuertemente pintados de rojo, se le acerca.

—“Señorita”, dice Jaime. “Me deja ver la colección de Gardel?” Obviamente, debido al volumen del villancico, la vendedora no entiende. Jaime repite su pedido, esta vez gritando:

—“QUE SI ME MUESTRA LA COLECCION DE GARDEL!”

—“Ay niño, no grite!” exclama ella y luego pega un berrido

ensordecedor: "JOSEEEEE, MUESTRALE LO DE GARDEL A ESTE NIÑOOOO".

—"VOOOOOY", berrea José desde el fondo.

Jaime cuenta la plata que tiene en el bolsillo, cuatrocientos pesos. Aparece José y pone el disco sobre el mostrador. El morado de la camisa y el dorado de las cadenas del vendedor enceguecen a Jaime unos instantes.

—"CUANTO VALE?" grita Jaime, ya un poco acostumbrado al volumen de las cosas en este almacén.

—"DOOOS MIIL".

—"JOSEEE AUXIIIILIO", chilla la vendedora desde el segundo piso. "VENI QUE NO ENCUENTRO A PEDRO VARGAAAS".

José se va a ayudar a la del vestido amarillo y el pelo mono. Jaime mira de lado a lado, y sin dudarlo un instante agarra los discos y sale corriendo hacia la puerta. Los villancicos se interrumpen como si alguien hubiera levantado la aguja del disco.

—"ATAJEN AL LADRON!" grita el de la camisa morada.

Jaime llega a la puerta, con tan mala suerte que se estrella contra un señor que entra. Resulta ser Miguel Angel.

—"A VER CHINO, DEVUELVA LOS DISCOS", grita el de morado acercándose furioso.

Jaime los devuelve sin atreverse a levantar la vista. Miguel Angel lo agarra del brazo y ambos salen dando tropezones por entre la multitud de Navidad.

Las lágrimas no le dejan ver el camino a Jaime y se estrella contra un buzón del correo. Miguel Angel le dice secamente: "Eso estuvo muy mal. Ahora qué hago con usted?" Jaime no sabe qué le duele más, si el chichón, la vergüenza o el que Miguel Angel no lo tutée más.

—"Yo sólo quería darle un regalo de Navidad".

—"Robado!" exclama Miguel Angel. "Váyase para el cuarto que yo voy más tarde".

Jaime vuelve a la pensión en medio de una tristeza inmensa. Siente que lo único que puede hacer es empacar sus cosas y volver a su casa, sin despedirse de Miguel Angel ni nada. Además ya nunca será capaz de mirarlo a los ojos.

Unos golpes en la puerta lo sacan de sus pensamientos. Es la vecina Rosa, está tan agitada que prácticamente no puede hablar. Finalmente Jaime logra entender que lo que pasó fué que a Miguel Angel lo atropelló un carro y está en el hospital. "Y todo por culpa mía", piensa.

Después de caminar mucho rato por los corredores con luz blanca del hospital, Jaime encuentra a Miguel Angel en una gran habitación llena de camas de metal, todas ocupadas. Algunas personas cuchichean cerca del lecho de algún pariente. Miguel Angel está inconsciente. Jaime se sienta junto a la cabecera de la cama, y sin decir nada pone su mano sobre el brazo extendido de su amigo. Después de estar ahí mucho rato, saca un cuadrito de un ángel del bolsillo y lo pone sobre la mesa de noche. Se levanta lentamente y sale llorando.

Si se hubiera dado vuelta para mirar una vez más, habría visto como Miguel Angel se esfumaba lentamente hasta dejar la cama vacía y tendida, como si nadie hubiera estado en ella. Luego, la lamparita contra la cuál Jaime había apoyado el cuadro se apagó sola.

Pero Jaime no ve nada de esto. Una enfermera que pasa por el corredor le desea unas felices pascuas. Afuera está lloviendo. Los letreros de Navidad se reflejan una y otra vez sobre los charcos de agua de la calle. En un edificio muy alto, un ángel hecho de cientos de bombillos vela con las alas extendidas.

Esta es la Navidad más triste que Jaime ha pasado en su vida. Tiene frío, ha olvidado sacar la chaqueta al salir corriendo para el hospital. Las lágrimas le ruedan por las mejillas, confundándose con la lluvia. El corredor para entrar a la habitación está muy oscuro. Abre la puerta lentamente, como sin querer entrar.

Sobre la mesa hay un arbolito de Navidad con lucecitas que se prenden y se apagan. Bajo el árbol hay un paquete envuelto en papel de colores. En la tarjeta dice:



Lo abre rápidamente. Es la caja de colores que tantas veces había visto en la vitrina. Saca todos los lápices y los extiende sobre la cama.

—"Te gustan?" Dice una voz desde el otro extremo del cuarto. Es

Miguel Angel, con unas alas enormes de plumas muy blancas que le salen de la espalda. Jaime corre a abrazarlo pero a Miguel Angel se le engarza un ala en la lámpara del techo.

—“Y esas alas? Eres un ángel?” pregunta Jaime entusiasmado.

—“No preguntes bobadas, más bien alcánzame esa silla para poder zafarme de esta lámpara”.

—“Y puedes volar?”

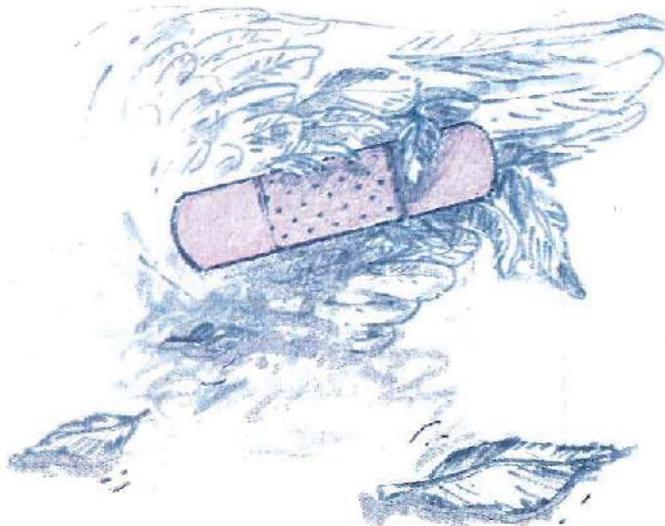
—“Sí, y hasta jugar fútbol en las nubes”, dice Miguel Angel que consigue finalmente sacar el ala de entre los cables eléctricos. El ala ha quedado un poco ajada.

—“La podemos planchar si quieres”, dice Jaime riendo. “Sigues bravo por lo de los discos?”

—“No, eso ya pasó. Más bien por qué no me pones una curita en esta pluma”.

—“Es que yo quería darte un regalo bien bueno pero era tan caro...” dice Jaime sacando el botiquín de la alacena. “Esta pluma?”

—“Sí, esa que está como despelucada... Entiendo lo del regalo. Pero hay cosas mejores. Me harías más feliz si volvieras a tu casa a acompañar a tus papás”.





Miguel Angel lleva a Jaime a la estación del bus. Llegan un poco tarde pues las grandes alas de Miguel Angel lo obligan a caminar muy despacio para no atropellar a los peatones.

—“Que tengas buen viaje y dale mis saludos a tus papás”.

—“Sí gracias”, contesta Jaime. “Cuándo nos volveremos a ver?”

—“Tal vez muy pronto. Súbete ya”, dice Miguel Angel empujándolo por las escalas del bus.

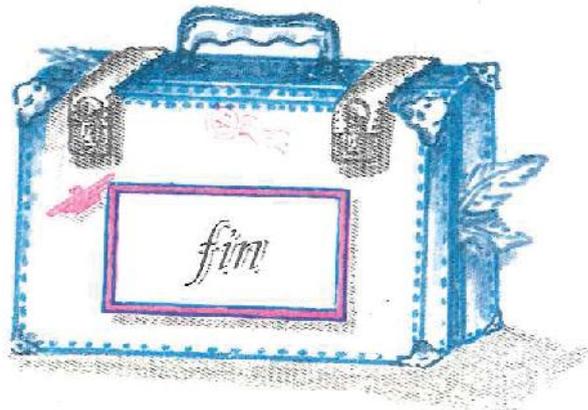
—“Prometido?” pregunta Jaime bastante preocupado.

—“Prometido! Véte ya. Hasta pronto”. La puerta del bus se cierra rápidamente atrapando el ala izquierda de Miguel Angel. Este pierde una docena de plumas en el forcejeo para liberarse.

—“Ojalá no pierda todas las plumas antes de que nos volvamos a ver”, musita Jaime mientras se sienta al lado de una viejita simpática. —“Que será más pronto de lo que tú crees”, murmura Miguel Angel, subiéndose al techo del bus por la escalerita que se usa para montar el equipaje. Allí se instala muy cómodamente, justo encima del asiento de Jaime.

“Encomiéndate al Angel de la Guarda para que te vaya bien en este viaje”, le dice la viejita a Jaime.

Ambos sonríen y cierran los ojos para dormirse.



**CARLOS EDUARDO VASCO,**  
de la Universidad Javeriana. Bo-  
gotá 1988 dice de "Fútbol en las  
Nubes":

"En cada Navidad deberíamos  
aprender de nuevo a ver ángeles  
a nuestro alrededor. En este her-  
moso cuento Jorge Holguín nos  
enseña que tal vez nuestros an-  
cianos, pintores callejeros y ga-  
mines podrían ser ángeles a qui-  
nes no les han terminado de  
coser sus alas. Que lección tan  
importante en un país desgarrado  
por el odio y la violencia"



**FUTBOL EN LAS NUBES** es el primer libro de cuentos de Jorge Holguín que se publica en Colombia.

Anteriormente había publicado un libro de tiras dibujadas: **GIORGIO**. Jorge vive y trabaja en Dinamarca desde hace cinco años. Antes había estudiado en el Canadá, pero su corazón permanece en Colombia.

Fue finalista en el Concurso "El Cuentista Inédito" del Centro Alejo Carpentier, en 1985 con el cuento "El Compañero Fiel".

Obtuvo Mención en el Concurso de Comeva, Cali, en 1986 con "Mariela de los Espejos".

También recibió Mención en el Concurso de Cuento de la Sociedad de Mejoras Públicas de Manizales, por "Sol de Medianoche" en 1987.



— "Los ángeles existen de verdad?" pregunta el niño. "Uno de mis profesores dijo que eran de mentiras, inventos de la gente".

— "Claro que existen!" exclamó el ángel. "Cuando la gente inventa algo es porque lo necesita y la imaginación es suficiente para hacer que exista".